


law space

# EL MENSAJERO

Todo lo que queda sobre la Tierra —pensó Agnus mientras avanzaba con paso cansino, renqueante, por el largo pasillo del edificio—. Cien hombres. Y ninguna mujer. Cien ancianos de cien años cada uno…».

Se divirtió haciendo un rápido y sencillo cálculo:

—Diez mil años —dijo ahora en voz baja—. Ésa es nuestra suma, aunque detrás del signo igual podríamos colocar un cero. Sin miedo. Porque eso valen nuestros diez mil años: cero…

Una Tierra vacía.




Law Space

# El Mensajero

## Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 386


**ePub r1.0**

**LDS** 09.12.18

Título original: *El Mensajero*
Law Space, 1966
Cubierta: Editorial Toray
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



## Sincero y Preliminar Consejo al Lector

Antes de leer la primera página de la historia que sigue, repase cuidadosamente estas frases:

> «Sólo la imaginación creadora es capaz de inspirar las conjeturas y los sueños preñados de mundos futuros». Alexis Carrel.
>
> «La imaginación es más poderosa que la voluntad». Emil Coue.
>
> «La imaginación es más importante que el conocimiento; es el factor más importante en la investigación científica». Albert Einstein.
>
> «La sabiduría no es nada; la imaginación lo es todo; sólo existe lo qué se imagina». Anatole France.
>
> «La imaginación es un faro que penetra en las sombras del futuro». Aldous Huxley.

¿Qué son estas frases antes del libro? Medicamento puro; es decir, vacuna preventiva. Sólo si las ha digerido convenientemente, si las ha asimilado por completo, pase la hoja… y empiece. Muchas gracias.

Law Space.

Agosto, 1966.

# CAPÍTULO PRIMERO

Cien hombres…

«Todo lo que queda sobre la Tierra —pensó Agnus mientras avanzaba con paso cansino, renqueante, por el largo pasillo del edificio—. Cien hombres. Y ninguna mujer. Cien ancianos de cien años cada uno…».

Se divirtió haciendo un rápido y sencillo cálculo:

—Diez mil años —dijo ahora en voz baja—. Ésa es nuestra suma, aunque detrás del signo igual podríamos colocar un cero. Sin miedo. Porque eso valen nuestros diez mil años: cero…

Una Tierra vacía.

No era, ni muchísimo menos, un panorama halagüeño para los hombres que se habían quedado.

Claro que pensando las cosas de manera más razonable, no era necesario echarse a llorar. Seis mil millones de seres habían abandonado su planeta de origen.

¿Qué dónde estaban?

Agnus se encogió de hombros.

Allá, fuera del sistema, fuera de la galaxia. ¿Qué importaba? Se habían ido, dejando atrás un planeta cada vez más pobre, más viejo, más cansado.

Y ellos se quedaron.

Setenta años hacía que partió la última expedición. La última mujer. Y esta idea hizo sonreír beatíficamente a Agnus. Se fueron directamente a Alfa del Centauro, pero no para quedarse allí, sino para seguir más lejos, siempre más lejos.

Se quedaron los viejos.

Así los llamaban en público, ya que tenían otros nombres para aplicar a aquel centenar de criaturas enamoradas sinceramente de

la anciana Tierra:

«Los locos». «Los estúpidos». «Los soñadores». «Los ilusos».

¿Qué más daba un nombre u otro?

De todo tenían. Ilusión, locura, ensueño, estupidez…

Quizá Lentog estuviese en lo cierto. Decía, con su pequeña voz de viejecita (porque hasta la voz cambia con los años): «La Humanidad ha sido un fracaso rotundo. De nada ha servido el esfuerzo prolongado durante millones de años. De nada».

¿Verdad?

¿Quién lo sabía? En el año actual, justo el 3000 (linda cifra que ha hecho soñar a muchos autores de ciencia-ficción), la Tierra está vacía, seca, arrugada como un fruto podrido.

«La Humanidad ha sido un fracaso…».

Es verdad. Porque los que se fueron no son ya «humanidad». Se han convertido en gentes de otros mundos, y no puede aplicársele el título de terrícolas.

Son ahora pobladores de galaxias remotas. Y la Tierra, que se han apresurado a olvidar, se ha quedado aquí, como una madre indignamente abandonada.

La pesada puerta se abrió silenciosamente ante él.

«Por fortuna —pensó—, los mecanismos de la casa siguen marchando bien. No nos falta de nada. Por eso no salimos nunca de aquí. Es como si el planeta empezara y acabase entre estas cuatro paredes…».

La sala estaba casi vacía.

Dos o tres hombres dormitaban en los lechos de aire. Agnus los miró al pasar.

«El sueño es para los viejos como la costumbre de la muerte…».

Siguió su camino hacia la inmensa máquina que se veía al fondo. Era el «juguete» de Lentog. Él lo había construido y se pasaba las horas a su lado…

Agnus tuvo que acercarse hasta tocar con la mano el hombro de su amigo. Éste se volvió, sonriendo.

—Ya lo he encontrado —musitó.

Lo dijo sin estridencias, sin alegría, anunciándolo como si se tratara de una cosa sin importancia. Y, sin embargo, llevaba cincuenta años, la mitad de su vida, estudiando «aquello».

«Ni siquiera hay gozo en su pecho» —pensó el recién llegado.

Y preguntó, con un tono tan intrascendente como el de la voz del otro:

—¿De veras?

—Sí.

Lentog mostró la enorme pantalla, de más de doce metros de larga, repleta de cifras. Tres puntos luminosos habían aparecido en ella, a distancias distintas.

—¿Tres? —preguntó Agnus.

—Tres —replicó el otro.

—Yo creía que habría más.

Esta vez, Lentog hizo una mueca que el otro interpretó como una sonrisa.

—Con uno hubiera habido suficiente —dijo—. Tres significa que la naturaleza deseaba triunfar.

—¿Y por qué no lo consiguió?

—Ninguno de los tres tuvo descendencia.

—¡Lástima!

—Sí. Fíjate en la primera luz…

Agnus se acercó a la pantalla. La cifra sobre la que bailoteaba el reflejo luminoso le llamó la atención.

—Hace mucho tiempo —comentó.

—Sí. En el año 55 después de Cristo.

—¿Época de Nerón?

—Exacto.

—¿Quién era?

—Lo ignoro. Lo mismo me ocurre con los otros. Fíjate en el segundo. Francia, 1793…

—¿La época del Terror?

—Sí.

Hubo una pausa de silencio.

—¿Y el tercero?

—Ya lo ves: Alemania, 1944.

—En efecto. Una cosa, Lentog…

—¿Qué?

—¿Esas cifras son las fechas de nacimiento?

—No. Esas fechas corresponden al «optimus», el momento en que la mutación se hizo más fuerte, justo cuando esas tres extraordinarias criaturas debían haber concebido.

—¿Ninguno de ellos lo hizo?

—¡Qué pregunta! Si uno solo de ellos hubiese tenido descendencia, la Humanidad no hubiera llegado a este extremo.

Agnus estaba cansado.

Hizo un gesto con la mano y una capa de aire denso se colocó tras él, adaptándose a la cómoda postura que deseaba adoptar.

—De lo que has dicho, se infiere que la naturaleza fracasó.

—Ella jugó su carta, pero fueron los hombres quienes segaron sus propósitos.

—¿Conscientemente?

—No lo creo. De todos modos, esos hombres llevaban en ellos la semilla de una nueva humanidad. De ellos hubieran nacido los superhombres, seres capaces de haber dado al Hombre un sentido nuevo.

—Fue una lástima.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Si los estúpidos humanos hubieran sabido el tesoro que la naturaleza ponía en sus manos… —Movió la cabeza de un lado para otro—. Desdichadamente, ya es demasiado tarde… —suspiró.

—¡No!

El vigor de la voz de su amigo le turbó.

Levantó la cabeza, mirando detenidamente el rostro arrugado de Lentog; en los ojos del anciano había un brillo insólito, una luz que brincaba con una energía inusitada.

—¿Qué quieres decir?

—Que todavía estamos a tiempo.

—¿Eh?

«Chochea» —pensó Agnus—. «Nada extraño, después de todo».

A pesar de la «energina» que tomaban en cada comida, compuesta por ácido glutámico, hormonas y un montón de cosas más, cien años empiezan a pesar un poco…

—¿Crees que chocheo? —inquirió el otro como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Sí —manifestó Agnus con sinceridad.

—Te equivocas. Glen ha preparado su máquina.

—¿El sillón?

—Sí. Poco importa la forma. De lo que estoy seguro es de que

podemos volver…

—¿Al pasado?

—Exacto.

—Y puedo saber, ¿para qué lo haríamos?

—Para salvar a uno de los tres. Murieron sin descendencia. Hagamos que tengan hijos. La Humanidad se salvaría en este caso.

—¿No lo está ya?

—¿Y tú dices eso? ¿Qué se han llevado a otros mundos? Envidia, guerra, pasión, bestialidad… Ése es el tesoro que ha salido de la Tierra. Ahora, en los cuatro rincones del Universo, los hombres siguen matándose, descuartizándose… y puedes dar gracias a que destruimos, en tiempo oportuno, las armas nucleares…

—Volverán a inventarlas.

—Eso es lo que temo.

—¿Qué puede importarnos? Estamos llegando al final. Hemos hecho cuanto nos ha sido posible. Como en tiempos de la Hélade, hemos procurado guardar la peligrosa sabiduría en este recinto… y nos han dejado solos.

—No quiero morir sin intentarlo.

—¿Qué saldríamos ganando?

—Mucho. Si la Humanidad del año 3000 fuera distinta, si la semilla que hemos lanzado al cosmos no estuviese corrompida, ¿no bastaría eso para que estuviésemos satisfechos?

—Es posible.

Lentog frunció el ceño.

—¡Eres un cínico, Agnus!

—Lo que ocurre, amigo mío, es que no confío en los arreglos «*a posteriori*». Cambiar el curso de la Humanidad, cuando han pasado miles de años, me parece, sencillamente, una enormidad.

—¡No sabes lo que dices!

—Además, en caso de que nuestro viejo Consejo votase aprobando tu plan… ¿quién iría al pasado con esa misión?

—¿Quieres saber quién sería el mensajero?

—Sí.

—¡Tú!

Agnus se quedó de piedra.

Durante un par de minutos fue incapaz de decir nada; luego, todavía en silencio, movió enérgicamente la cabeza de un lado para

otro.

—¡De ninguna manera!

—Serías tú el más indicado.

—¿Por qué yo?

—¿Y lo preguntas? De todos nosotros, centenarios, biológicamente, tú eres el más joven. Y el único que soportaría una dosis extraordinaria de «energina».

—¡No iré!

—Espera. No apresures tus determinaciones. El Consejo votará esta noche…

—¿Ya?

—Sí.

—Entonces, ¿has informado de tu hallazgo?

—Así es. Y te prevengo que hay una corriente de simpatía general hacía mi plan.

—Me niego a ir.

—Ya lo veremos, cabezota. La verdad es que me gustaría estar en tu lugar…

—¡Vé tú!

—¡Ojalá pudiera!

Los pasos de los que entraban en el salón les hicieron volver la cabeza. Una larga hilera de ancianos penetraba en la estancia; cada uno de ellos fue a ocupar su sitio, en asientos desplazables de aire denso, que obedecían, mansamente, a un solo gesto de sus huesudas manos.

—¿Es… la reunión? —preguntó Agnus.

—Sí. Ocupa tu sitio.

Los que dormían se despertaron. Sentados sobre las invisibles capas de aire denso, parecían flotar sobre el suelo en el que se proyectaban las sombras de sus cuerpos esqueléticos.

Todos iban vestidos de la misma manera sencilla; amplias togas que les daban el aspecto clásico de senadores romanos.

Agnus, con el entrecejo fruncido, ocupó su lugar.

Un silencio ominoso pesaba sobre la asamblea. En los rostros arrugados, apergaminados, amarillentos, los ojos aparecían hundidos en lo más profundo de las órbitas.

Y yacían allí, como alimañas adormecidas por un sueño de lustros; pupilas apagadas como moluscos sin vida.

Pero aquella apariencia de quietud, casi de muerte, no engañó a Agnus. Sabía que detrás de las frentes, donde los surcos eran paralelos y profundos, latían unos poderosos cerebros, los más potentes que la Humanidad había producido en la larga aventura de la vida.

Una voz se elevó de súbito. Y fue como si un rayo de luz hiriese las mortecinas pupilas y pusiera en cada una de ellas un reflejo vivo, parpadeante…

# CAPÍTULO II

—Hermanos…

Era la voz de Dremes, el jefe del Consejo. Nadie le miró. Ninguno de los presentes se movió un solo milímetro, sino que conservaron su posición estática y silenciosa, bajo la luz indirecta que brotaba del techo.

—Hermanos… Todos vosotros sabéis ya lo que ha conseguido Lentog. Ha trabajado mucho, pero ha logrado al fin lo que se proponía. Escuchadle…

No hubo casi transición entre las dos voces; para alguien que hubiese estado presente, hubiera sido como si el mismo que había comenzado a hablar continuara haciéndolo.

—Siempre sospeché —empezó diciendo Lentog— en la existencia, a lo largo de la historia humana, de algún intento de mutación destinado a modificar la «línea vital» de nuestra especie.

»El hombre posee “cosas” que parecen indicar un instinto muy diferente al que ha tenido. La parte “animal” de su persona ha influido demasiado a lo largo de su trayectoria histórica.

»Es posible que errores al comienzo de su evolución hayan sido los responsables directos de este “salvajismo” que ha imperado en todas las épocas.

»De ahí que estuviese seguro de que la naturaleza habría intentado resolver el problema.

»Y así ha sido.

»Por tres veces, han aparecido en el mundo hombres que llevaban en su interior la semilla de una nueva criatura; la fatalidad quiso que estos eslabones únicos no tuviesen descendencia.

»Merced a mi detector “cromosómico” proyectado al pasado, he conseguido encontrar la huella de esas superpersonalidades. Y

puesto que nuestro hermano Glen había preparado hacía tiempo su Máquina del Tiempo, creo que deberíamos intentar volver al pasado y remediar lo que la fatalidad hizo para impedir el nacimiento de una nueva raza de hombres.

Agnus bajó la cabeza.

Seguía considerando aquello como la idea más descabellada que había oído jamás.

La voz de Lentog se hizo más insistente.

—Todos sabéis, hermanos, la mala semilla que hemos lanzado al cosmos. Hoy, la mayor parte del Universo está en las manos de los hombres… pero no de los que debieron ser, sino de los que ensangrentaron un millón de veces este planeta desdichado…

»La misma especie que hará del cosmos un universo de batalla, de envidia, de injusticia y de muerte.

Levantando los párpados, Agnus lanzó una rápida mirada a los impenetrables rostros de los ancianos.

El brillo intenso seguía allí, en el fondo de las pupilas, única nota de vida en sus caras apergaminadas, en las expresiones momificadas de los hermanos.

Lentog siguió hablando.

Insistió de nuevo sobre la urgente necesidad de actuar. Habló de las maravillosas promesas de una humanidad nueva, fuerte, buena, que el azar había abortado fatalmente por tres veces consecutivas.

A Agnus le hubiera gustado poder sonreír.

Todo lo que Lentog decía no iba a contribuir en lo más mínimo a modificar la decisión del Consejo. Todos, absolutamente todos, estaban de acuerdo con él.

Pero a Lentog le gustaba hablar. Lo hacía dulcemente, sin demasiada pasión en las palabras, pero empleando contundentes silogismos que eran como agudas flechas, destinadas todas a un blanco fácil.

—Yo propongo que sea nuestro hermano Agnus quien tenga el honor de volver al pasado. También aconsejo que empiece por el principio; es decir, que sea trasladado de repente hacia el primer eslabón de esa sorprendente y maravillosa mutación fallida.

Agnus no pudo más.

Sin levantar la cabeza, aprovechándose del silencio que siguió a las contundentes palabras del orador, dijo:

—Quiero garantías.
—¿Cuáles?
—Todas.
—Explícate.
—Bien. Ya sé que se me va a conceder una vitalidad excepcional, aunque mi aspecto físico no puede cambiar…
—Desde luego.
—Pero ¿qué ocurrirá si atentan contra mi vida? No olvidemos que he de adentrarme en un mundo de violencia primitiva.
—Nadie podrá hacerte daño, hermano.
—¿Seguro?
—Sí. Nadie puede matar a lo que no ha nacido aún.
—Es verdad.
—En caso de intentarlo, regresarías automáticamente aquí.
Agnus hizo una pausa antes de preguntar:
—¿Cómo podré encontrar a ese eslabón?
—Llevarás un detector «cromosómico» pendiente del cuello. En cuanto estés cerca del eslabón, el aparato te avisará.
—Entendido.
—Después, tu misión es sencilla. Has de evitar que el eslabón muera antes de dejar descendencia, lo más numerosa posible; pero, en caso extremo, con un solo hijo bastará…
—¿Varón?
—El sexo es igual. Los genes del superhombre se transmiten indiferentemente a un hijo o a una hija.
Un nuevo silencio reinó en la sala.
—¿Y por qué no empezar por la época más cercana a nosotros?
El esbozo de una sonrisa apareció en los labios de Lentog.
—Porque la influencia de la nueva raza empezaría muchos siglos más tarde. Cuanto más retrocedamos en el tiempo, más positivos serán los resultados.
—Bien.
Los ancianos parecían dormir.
Todos ellos habían inclinado la cabeza sobre el pecho. Pero Agnus sabía que estaban pensando, reflexionando; algunos soñaban con aquella historia terrible que todos ellos se sabían de memoria.
Una historia que iba a modificarse por entero. Algo que haría desaparecer, tal y como eran ahora, las colonias humanas que se

habían establecido a lo ancho y largo del cosmos.

Miles de millones de criaturas que habían jugado un papel oscuro a lo largo de la historia, no serían después ya los mismos. Personajes que se hicieron famosos ni siquiera nacerían…

Agnus tuvo que estremecerse.

El cambio era tan violento que le preocupaba los mismos efectos que una alucinación.

Y para que todo aquello se trasmutase no era necesario más que hacer que un hombre, que había muerto hacía miles de años, tuviese un hijo; uno solo, pero que diera a la humanidad la fuerza de una nueva semilla.

¿Valía la pena intentarlo?

Era como derribar un edificio colosal para levantar sobre las ruinas uno nuevo. Quizá con material distinto. Pero los que ahora vivían, por millones, en los cuatro rincones del cosmos, desaparecerían para dejar su sitio, si es que la huida de la Tierra se efectuaba, a otros que llevasen en su seno la semilla de los eslabones.

Levantó la cabeza, rompiendo el profundo silencio que reinaba en la sala:

—Hermano Lentog…

—¿Sí?

—¿Estás seguro de que los eslabones son buenos?

—¡Desde luego!

—¿Y entonces cómo ha sido que la naturaleza, segura de su bondad, no haya hecho algunos ensayos más?

—Una mutación efectiva y brutal necesita tiempo, Agnus: millones de años de preparación. Lo que me parece magnífico es que se hayan presentado tres oportunidades…

»Eso demuestra claramente el interés de la naturaleza en el cambio.

La voz del presidente del Consejo sonó entonces:

—Debes prepararte, hermano Agnus. Dremes pondrá a punto la máquina. Tú debes tomar la «energina» necesaria para hacer el largo viaje.

No había más que decir.

Mientras Agnus se levantaba, los otros se dejaron caer en la blanda capa de airé que les servía de asiento y de lecho.

Agnus abandonó la estancia.

De nuevo en el pasillo, marchó, despacio, hacia su habitación particular, con la cabeza inclinada. Sentía el peso de los años. Como nunca. Como si cayesen sobre sus frágiles hombros.

Penetró en su cámara y fue directamente al armario donde guardaba las preciosas dosis de «energina». Calculó rápidamente lo que debía administrarse.

Tras haberlas ingerido, ayudándose con un jugo de vitaminas, se tendió en la capa de aire que le servía de lecho. Debía reposar, por lo menos seis horas, ya que la dosis que acababa de tomar no produciría la fuerte reacción que cabía esperarse de ella en un tiempo menor a aquél.

* * *

Soñó con el pasado.

De sus tiempos de niño, apenas si recordaba algunas cosas. Muy pocas. Fueron tiempos de abandono del planeta. Y la imagen que se repetía con mayor fidelidad en su espíritu era la de las gigantescas astronaves que abandonaban cada día el cercano cosmódromo.

Las gentes partían a millares, en una emigración fabulosa, abandonándolo todo, sonrientes, escuchando los cantos de sirena de los jefes de las Agencias de Viajes.

El ansia de la novedad, el deseo de cambiar de vida, les empujaba, en cerradas filas, hacia las escalerillas de los cosmonavíos. Cantaban canciones y reían, apretándose unos contra otros, deseosos de llegar al interior de las astronaves, de abandonar el viejo y triste planeta en el que habían nacido.

Agradables letreros, imágenes coloreadas, aparecían sin cesar en las minúsculas pantallas de los televisores que llevaban colgados del pecho y fijos a la muñeca.

Se alababa el clima maravilloso del planeta 342, en tal galaxia, los campos de trigo a los bosques de un mundo situado al otro lado de la estrella de Alfa de Centauro, los dobles soles de este sistema. Se les prometía casa y trabajo seguro.

Pero ninguno de ellos había oído hablar de las minas de uranio de muchos de aquellos mundos, de las monstruosas ciudades en las que vivían apiñados millones de seres…

Descendientes de esclavos —de esa esclavitud que disfraza bajo el nombre de libertad—, ignoraban lo que les esperaba al otro lado del pavoroso abismo del espacio.

Eran —ante los ojos cerrados de Agnus, y en el interior de su sueño— repetición exacta de otros muchos que, a lo largo de los siglos, habían embarcado en galeras y buques, volado o ido lejos de sus países de origen, engañados siempre por las palabras falaces de un futuro que se anunciaba pletórico de prosperidad y de dicha.

¡Pobres ilusos!

Lo habían abandonado todo; la paz de una Tierra casi despoblada, en la que la bondad del suelo estaba al alcance de cualquiera. Se quedaron desiertas las últimas ciudades.

Las otras, vacías ya, se habían ido derrumbando bajo la acción del tiempo y no eran más que colosales montones de ruina y polvo.

Y la Tierra, la madre Tierra que había cobijado en su seno a miles de millones de seres, que les había dado todo lo que poseía, dejando que vaciasen sus entrañas hasta las capas más profundas, que cambiasen el curso de sus ríos, que desintegrasen las montañas para modificar el clima, se quedó sola… terriblemente sola.

Cien hombres permanecieron en ella.

Cien hombres sin destino, sin objetivo. Cien varones que se extinguirían en un mundo desierto y solitario.

* * *

Se despertó lleno de vigor. Saltó de la capa de aire y se miró en el espejo, notando que, a pesar de guardar su apariencia física de siempre, se habían realizado en él algunos importantes cambios.

Su piel, por ejemplo…

Se pasó la mano por el rostro, liso ahora. Las arrugas, aunque dejaron el trazo de su curso sinuoso, habían desaparecido. También los músculos actuaban ahora, pletóricos de potencia, en los brazos y en las piernas.

Y los ojos…

Era como si volviera a descubrir aquel brillo metálico que abandonó, hacía años, el fondo azulado de sus pupilas. Estaba de nuevo allí, como una muestra inequívoca de vida.

Con paso ligero y una sonrisa en sus labios que habían dejado de

temblar, se dirigió al salón. Casi todos dormían, soñaban o pensaban. Sólo dos, Lentog y Glen, estaban en un ángulo de la pieza, despiertos.

Marchó hacia ellos.

Lentog se volvió al sentir los pasos de Agnus; todavía no había llegado éste a su altura cuando ya le tendía una cadena de la que pendía una especie de medalla.

—Es el detector «cromosómico» —informó.

Agnus tomó el objeto, pasándose acto seguido la cadena por el cuello. Luego miró a Dremes.

Éste se hallaba junto a su famoso sillón, al que miraba amorosamente. En apariencia, semejaba un mueble corriente en el que quizá la única cosa extraordinaria era el casco que se veía sobre la parte superior del respaldo.

—Ya estoy preparado —dijo Agnus, adelantándose.

El otro se volvió.

—Perfecto. Voy a explicarte cómo debes usarlo…

Se sentó en el sillón y se colocó el casco.

—Nosotros —dijo— dirigiremos la marcha de la Máquina del Tiempo desde aquí. Una vez hayas llegado al momento determinado, permaneceréis, tú y el sillón, en una invisibilidad perfecta, ya que el artefacto se detiene unos momentos antes de salir definitivamente del no-tiempo.

—¿Por eso seré invisible?

—Sí. Todavía no permanecerás al tiempo al que has sido dirigido. En esos minutos tendrás tiempo suficiente para ocultar el sillón, pero si eso te fuera imposible, no tienes más que apretar este botón verde que hay en el brazo derecho para que la invisibilidad se prolongue hasta que hayas encontrado un escondite adecuado.

—Entiendo. ¿Y mi ropa?

—Ya está preparada. Hemos escogido una vestimenta corriente para que no llames la atención en las calles de Roma.

—Bien. Y este detector, ¿es potente?

Fue Lentog quien contestó.

—No temas. Es muy sensible y te guiará infaliblemente hacia el eslabón… Lo demás corre de tu cuenta…

Agnus se cambió de ropa y a continuación tomó asiento en el sillón.

Una curiosa impaciencia se apoderó de él. Estaba deseando iniciar la experiencia, poder llevar la misión que el Consejo le había ordenado. Era un mensajero.

Pero su mensaje tenía mayor importancia que todos los que habían sido inventados a lo largo de los milenios en que la Humanidad, hoy ausente, había vivido en el planeta.

—Te deseo mucha suerte —dijo Dremes.

—Yo también —se apresuró a manifestar Lentog.

—Gracias.

Dremes bajó una palanca. Un zumbido agudo brotó del sillón; casi en el acto, Agnus perdió el conocimiento…

# CAPÍTULO III

—¡Abrid paso, malditos!

Los largos látigos de piel de rinoceronte restallaban en el aire.

—¡Abrid paso al patricio Sauvio!

Agnus tuvo que pegarse rápidamente a la pared de la casa, incrustándose casi en el muro, mientras que la larga serpiente de piel golpeaba a los que no fueron tan rápidos como él.

Dos gigantescos pretorianos marchaban delante, con un látigo en la mano; detrás seguían los esclavos nubios que llevaban, seis a cada lado, la elegante litera del patricio.

—¡Paso, chusma infecta!

Hacía apenas diez minutos que Agnus había ocultado el sillón, penetrando luego en la ciudad por su parte baja. Desde donde estaba podía ver los altos edificios del foro y, a la derecha, tras los tejados rojizos de las casas, las crestas pétreas del Circo Máximo.

Un hombre mascullό algo a su lado.

—¡Asquerosos animales! —Gruñó, mirando a Agnus—. ¡Nos tratan como a perros!

El hombre era delgado, de unos cuarenta años; su toga aparecía limpia y su cuidada barba empezaba ya blanquear.

Prudentemente, Agnus dijo:

—Soy nuevo en Roma. Acabo de llegar…

El otro esbozó una sonrisa.

—Mala ciudad has elegido. Antes, Roma era de los romanos. Ahora es distinto. Ser ciudadano de Roma no significa nada si no formas parte de la camarilla de aduladores que rodean al Emperador.

A lo lejos, en el extremo de la angosta calle, sonaban aún los latigazos de los pretorianos.

—Ven —invitó el hombre—. Beberemos un poco de vino en la taberna de Curzio; un vino de Iberia que pondrá un poco de calor en mis viejos huesos…

Precedió a Agnus, que le siguió mansamente.

Momentos después penetraban en una habitación estrecha, apenas capaz de contener la media docena de mesas que ocupaban la mayor parte de ella. Junto a la pared se amontonaban los pellejos y los cántaros formaban una doble fila, a todo lo largo del muro ennegrecido.

Había un minúsculo mostrador al fondo. Y tras él, un hombre bajito, regordete, mofletudo, de ojos pequeños y cabeza casi completamente pelada.

—¡Salve, Curzio! —saludó el hombre—. ¡Salve a ti, vendedor de sueños y quimeras! ¡Salve al buen servidor de Baco que eres!

El tabernero sonrió.

—¡Salve, Vesperio!

—¡Dos jarres de ese néctar de la Bética para dos hombres que desean olvidar las miserias de este bajo mundo!

—¡Enseguida!

—Ven, sentémonos…

Se acomodaron a una de las mesas; poco después degustaban el vino que les sirvió Curzio.

—¿Qué te parece? —preguntó Vesperio haciendo chasquear la lengua.

—Delicioso.

—¿Cómo te llamas?

—Agnus.

—Es un nombre griego. ¿Vienes de Atenas?

—Sí —mintió el mensajero.

—Buena tierra —dijo el otro—. Estuve allí de joven, cuando creía aún que la sabiduría servía para algo. Ahora —añadió frunciendo el ceño—, sé perfectamente que nada es cierto; sólo hay verdad en la punta de los látigos, en la de las espadas de los centuriones. La fuerza es todo, amigo mío.

Agnus estaba aún asombrado por lo que había visto. No era lo mismo haber leído la historia que vivirla personal y directamente.

—¿En qué te ocupas? —le preguntó su nuevo amigo.

—Era profesor en Atenas. Ahora no sé…

El otro se encogió de hombros.

—Fuerte y joven como eres, no debes preocuparte. Ya te he dicho que la fuerza es la reina de la vida, hoy, en Roma.

¿Joven y fuerte?

Agnus tuvo que hacer un esfuerzo para no exteriorizar la confusión que le habían proporcionado aquellas palabras.

Disimuladamente se miró el brazo desnudo que asomaba tras el pliegue de su túnica.

Se quedó boquiabierto.

Era un brazo fuerte, musculoso, como jamás recordase que lo había tenido. Cerró el puño y los músculos se dibujaron bajo su piel morena, surgiendo como tensas cuerdas nudosas.

¿Era posible que la «energina» hubiera causado aquella sorprendente transformación corporal?

Hubiera dado cualquier cosa por poder mirarse en un espejo.

—¿Tienes dinero? —le preguntó el otro.

Agnus maldijo el olvido de los del Consejo, que no le habían proporcionado una sola moneda.

Bajó la mirada y musitó:

—No.

Vesperio sonrió.

—No te preocupes. Has tenido suerte de encontrar a un viejo romano que jamás abandona a su suerte a alguien como tú…

—Te lo agradezco.

—¡Bebe! ¡Por Polux! ¡Curzio, hijo de Averno! ¡Dos jarros más, para nuestras resecas fauces!

Un alegre calorcillo corría ahora por las venas del mensajero. Parecía como si aquel jugoso caldo tuviese la virtud de disolver las preocupaciones y los temores.

—¡Bebe!

Agnus bendijo la suerte que había tenido al tropezar con aquel simpático romano. Eso le hizo pensar en que la bondad no había desaparecido del todo en los tiempos que la Roma de Nerón vivía.

Sin darse cuenta, acarició la medalla que colgaba de su cuello.

Los ojos de Vesperio brillaron como carbones encendidos.

—¡Linda joya llevas, Agnus! Y afirmas estar arruinado. Sé quien te daría un buen montón de sextercios por ese medallón…

Agnus se apresuró a ocultarlo bajo la túnica.

—Es todo lo que poseo —dijo—. Y no lo vendería por todo el oro del mundo.

—¿Un recuerdo?

—De mi madre, sí. Le prometí, en su lecho de muerte, que jamás me separaría de él.

—¡Bien hecho, amigo! Cuando un hombre promete algo, debe cumplirlo, incluso si disgusta a los dioses. Dicen que la barca de Caronte está llena de promesas incumplidas.

—Debe ser cierto.

—No lo dudes… ¡Otro jarro, esclavo!

—Creo que ya hemos bebido bastante…

—Es el último, joven Agnus. Luego vendrás a casa de unos amigos… Gente poderosa. Quiero ayudarte. No es bueno que un hombre como tú ande por Roma expuesto al albur de tropezarse con alguien sin escrúpulos.

—Te lo agradezco mucho, Vesperio.

—Es un deber. Hay que rendirse ante la juventud… yo quise conservarla cuanto pude. Tomé pócimas, bebí sangre cruda y devoré las glándulas de potentes tauros de Iberia… —Suspiró—: Pero todo fue inútil. El tiempo es implacable. Trabaja para la Parca, amigo Agnus. Y esa bruja no perdona jamás…

Terminaron de beber. Vesperio dejó unas monedas sobre la mesa y ambos salieron, cogidos familiarmente del brazo, abriéndose paso a empellones entre el multicolor y escandaloso gentío que circulaba por las calles.

—Áurea te recibirá bien… —Monologó el otro.

—¿Áurea?

—Sí. Una poderosa dama de Roma, Vive al otro lado de la ciudad, en una casa tranquila, con un jardín donde cantan las fuentes…

Agnus sonrió beatíficamente.

El vino había surtido su efecto. Una alegría imprecisa, un optimismo creciente se habían apoderado de él.

Pronto dejaron los populosos barrios de orillas del Tiber, para penetrar en un sector tranquilo de la ciudad. Lujosas villas se veían por doquier. Y por encima de las tapias que las circundaban, los cipreses eran como flechas verdes que apuntasen eternamente al cielo azul.

Agnus no se percató siquiera de que había penetrado en una de aquellas casas.

Sólo el frescor del jardín, el rumor callado de las aguas, la sombra de los altos cipreses, le dieron una vaga idea de que había cambiado de ambiente.

Vesperio le dejó sentado en un banco de piedra, junto a una estatua de Apolo. El hombre atravesó el jardín, precedido por el fámulo que les había recibido.

Momentos después penetraba en una amplia estancia, una de cuyas paredes, en forma de baja balaustrada, daba directamente al jardín.

—Áurea vendrá enseguida —manifestó el fámulo.

—Bien.

Una mujer alta, que aún conservaba la belleza que debió resplandecer quince años antes en su persona, apareció en el umbral de una de las puertas.

Vesperio avanzó sonriente hacia ella.

—¡Salve, divina Áurea! Se alegran mis ojos al verte tan hermosa como siempre. Tu amigo, tu viejo amigo Vesperio, no te olvida…

—¿Qué quieres? —preguntó ella con voz un tanto áspera.

—¿Qué puede querer un hombre que te admiró siempre?

—Si vienes de nuevo a pedirme dinero, no te lo daré. Ni un solo sextercio…

Vesperio levantó los brazos hacia el techo.

—¡Dinero! —exclamó—. No me atrevería a pedirte nada, divina, al menos que no pudiese ofrecerte algo que vale todos los tesoros que acumulas en tu casa…

—¿Qué es lo que dices?

—Asómate al jardín, Áurea…

Ella se acercó a la balaustrada. Casi enseguida, una luz insólita se encendió en sus ojos. Silencioso, como una sombra, Vesperio se había acercado a ella, situándose a su espalda.

—¿Qué te parece?

Ella no contestó.

—Es mucho más fuerte y bello que el nubio que te encontré hace dos semanas. ¿Es cierto?

—Sí.

Áurea había contestado mecánicamente. Estaba pensando ya en

el efecto que haría en la fiesta de palacio, aquella misma noche. ¡Seguro que hasta Octavia, la mujer del Emperador, se moriría de envidia cuando la viese acompañada por el joven que estaba medio adormecido en el banco del jardín!

Sin dejar de mirarle, ella preguntó:

—¿Cuánto quieres?

—Dos mil.

—Di a Nevios que te entregue el dinero…

—Hay algo que también desearía.

—¿El qué?

—Ese joven lleva un medallón. No vale nada, pero me ha gustado.

—Lo tendrás. Cuando se bañe, se lo quitaré. ¡Ahora déjame sola!

El hombre se inclinó.

—Tú ordenas, divina…

Una vez sola, Áurea continuó mirando al joven, que permanecía en el jardín. Una sonrisa de complacencia se pintó en sus labios. Levantando los brazos, dio una palmada.

Lidia, su esclava favorita, apareció el instante.

—Di a los esclavos negros que lleven a ese joven al baño. ¡Pero que ni siquiera rocen su piel! Si le hacen daño, los enviaré a la ergástula…

—Entendido.

Alejándose de la balaustrada, Áurea pasó de nuevo a sus habitaciones, en las cuales se miró largamente en el espejo que tomó de sobre una cómoda. Debía estar bella, ahora que tenía la seguridad de convertirse en el centro de la atención general.

Llamó de nuevo a Lidia.

—Desnúdame —ordenó.

* * *

No salió del sopor hasta que lo sacaron del baño. En realidad, un cúmulo de sensaciones agradables le había sumido en un estado de perfecta felicidad.

Cuando, sobre él lecho de dura madera, frotaron su cuerpo con esencias aromáticas, en un enérgico masaje, fue el momento en que su cerebro volvió a funcionar normalmente.

Y los recuerdos se precisaron en su mente.

Al no comprender lo que le ocurría, brincó del lecho e hizo frente a los cuatro musculosos negros que le miraban con respeto.

—¿Dónde estoy? —inquirió.

Uno de los esclavos le contestó:

—Estás en casa de Áurea. Viniste con Vesperio…

Las imágenes de lo ocurrido recientemente se formaron de manera correcta en el turbado cerebro del mensajero.

Con un gesto mecánico, su mano derecha buscó sobre su pecho desnudo el contacto del detector que Lentog le había dado.

¡No estaba!

Una brusca oleada de cólera le inundó. Cerró los puños y, avanzando un paso hacia los negros, preguntó con voz ronca:

—¿Y mi medallón?

Los esclavos se miraron. Lidia, la esclava favorita de Áurea, les había ordenado que quitasen el medallón al joven. Ahora no sabían qué decir.

Agnus avanzó hacia ellos.

En un rincón de su cerebro, allá en el fondo de su antigua personalidad, estaba asombrado sinceramente de su valor. De no haber sentido la potencia que emanaba de su cuerpo, jamás se habría atrevido a enfrentarse con aquellos cuatro colosos, todo músculo, cuyas negras pieles brillaban como el azabache.

—¡Devolvedme el medallón! —rugió.

Ellos se dieron cuenta de que el peligro de acabar el día en la ergástula se estaba concentrando. Y sus espaldas recordaban la recia y dolorosa caricia del látigo.

—Se lo entregué a Lidia —dijo uno de ellos, deseoso de evitar la pelea.

—¿Lidia? ¿Quién es?

—La esclava de Áurea.

—¿Dónde está Áurea? ¿Es la dueña, aquí?

—Sí, pero no puede molestársela.

Agnus echó a andar hacia la única puerta que había en el gimnasio. Después de unos instantes de duda, los negros se abalanzaron sobre él, temerosos de ser castigados por haberle permitido salir de allí.

De todos modos, aquellos desdichados iban a acabar en la

ergástula.

## CAPÍTULO IV

—¿Qué ocurre?

El rostro de Lidia estaba mortalmente pálido. Había penetrado en la cámara donde Áurea se estaba bañando, acercándose temerosamente a su ama.

—¿Qué ocurre? —insistió ésta.

—¡En el gimnasio! ¡Hay una pelea horrible! Ese joven contra los negros…

Áurea se estremeció.

—¡Mi túnica! ¡Aprisa!

Sin secarse, una vez que Lidia colocó la túnica sobre sus hombros, la patricia romana echó a correr por el largo pasillo que conducía al gimnasio. Ya antes de llegar oyó los gritos, las imprecaciones y el ruido de los golpes.

¡Malditos esclavos!

No era en la ergástula, sino en las mazmorras del circo donde acabarían aquella misma noche. Vinicio, su amigo de la escuela de gladiadores, pagaría una buena suma por los cuatro negros.

Llegó al umbral, deteniéndose allí, temerosa de ver destrozado al joven por el que acababa de pagar dos mil sextercios.

Dos negros yacían en el suelo, revolcándose de dolor, gimiendo. Otro se había apoyado en el lecho, doblado como si estuviese partido por la mitad. En cuanto al cuarto, Agnus le tenía la cabeza bajo el agua del baño, resistiendo el alocado pataleo del desdichado que debía estar pasando el peor rato de su vida.

—¡Basta! —gritó Áurea.

El mensajero soltó a su adversario que, sacando la cabeza del líquido, cayó de rodillas, con los ojos desorbitados, respirando con gran dificultad.

Sin preocuparse por los malparados esclavos, la romana avanzó hacia el joven, para admirar, emocionada, la perfección de su cuerpo.

—Eres hermoso como un dios… —dijo, deteniéndose ante él.

—¿Y mi medallón? —preguntó Agnus con voz tonante.

Ella frunció el ceño, sonriendo después.

—¿Es por eso lo que peleabas?

—Quiero mi medallón. ¡Es un recuerdo de mi madre!

Áurea golpeó una mano sobre otra. Silenciosa, sumisa, Lidia apareció en el umbral, mirando con terror los cuerpos de los cuatro negros.

—Trae el medallón del joven Agnus.

—Enseguida.

Momentos después, tras haber recibido la joya de manos de Lidia, Áurea la colocó amorosamente alrededor del cuello del atleta.

—¿Satisfecho?

—Gracias… Ahora quiero saber lo que hago aquí.

—Estás en casa de una amiga. Vesperio me recomendó que te ayudara. Esta noche vendrás conmigo a palacio… Nerón da una fiesta y quiero presentártelo.

—¿El Emperador?

—Sí. No temas. A mi lado, nunca te ocurrirá nada malo… a menos que te alejes de mí.

Agnus descubrió un brillo amenazador en las pupilas de la mujer. Se dijo que habría de tener mucho cuidado con ella. Y deseando empezar cuanto antes, manifestó, con una sonrisa en los labios.

—No soy un desagradecido, Áurea…

Ella parpadeó, al tiempo que su pecho se alzaba en una inspiración profunda.

—Eso espero.

Le volvió la espalda y salió, seguida por su esclava. Apenas habían atravesado el umbral, cuando la patricia, sin volverse, dijo:

—Lidia…

—¿Sí, divina?

—Di a Nevios que venda los negros a mi amigo Vinicio. ¡Hoy mismo! ¡Le den lo que le den!

—Bien.

Volvió al baño, satisfecha, sonriente, para hendirse de nuevo en el agua perfumada, hasta la barbilla. Se puso a juguetear con la esponja y cerró los ojos para alcanzar la quinta esencia del placer anticipado que estaba experimentando.

* * *

El rumor de las conversaciones, el trino de las risas, los ruidos que provenían de cien sitios al mismo tiempo, todo, absolutamente todo, cesó cuando Áurea y Agnus atravesaron el umbral de la gran sala.

Nunca había sido tan feliz. Se detuvo, junto a su acompañante, lanzando una mirada de triunfo retador hacia la litera más lujosa, allí donde Octavia, la mujer del joven Nerón, reía momentos antes, de lo que un cónsul, recién llegado de las Galias, le estaba contando.

Áurea leyó la envidia en muchos rostros, pero sólo le interesaba la que lucía en los ojos de Octavia.

Nerón, con aquella obesidad que ya apuntaba en su cuerpo aún joven, detuvo el gesto de su mano que acercaba una copa a sus gruesos labios. Miró a la pareja, que ahora avanzaba hacia él, pero volvió el rostro, para lanzar una rápida y divertida mirada a su esposa.

Áurea se detuvo a pocos pasos de la litera.

—¡Ave, divino César! Permite que te presente a Agnus, un joven griego, amigo mío, recién llegado de Atenas.

Nerón se echó a reír.

—¡Buen gusto el tuyo, Áurea! El joven griego es una estatua que merecía adornar mis jardines… Hablaré con Craso y, con tu permiso, ordenaré que lo esculpan…

—Lo que tú quieras, César; será un placer servirte.

Nerón hizo un gesto y la pareja se dirigió al lugar que Áurea tenía destinado.

Mientras, Octavia bajó la voz y dijo al cónsul:

—¿Te has fijado en la sonrisa de esa serpiente, Teberio?

—Sí.

—Ha debido saber que dije de ella que era lo suficientemente vieja como para comprar los desechos de la escuela de gladiadores

de Vinicio. ¡Y ahora ha venido a humillarme!

—¿Tanto te importa lo que haga, divina Octavia?

—Es una víbora. Sabe que en las próximas fiestas presento a Terencio, mi gladiador favorito. Y si lo presento yo, es como si lo presentase el emperador. ¿No es así, Teberio?

—Así es, divina.

—Ofendiéndome, ofende a mi esposo, a Roma… ¡Con qué ganas le sacaría los ojos a esa mala pécora!

El romano sonrió.

—Conozco a Terencio, divina Octavia. Y, si tuviera que enfrentarse con ese Adonis griego, apostaría hasta mi último sextercio por tu gladiador.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí.

—¿Crees que Terencio ganaría?

—¡Claro!

—Entonces seré yo quien humille a Áurea…

—Silencio, aquí viene.

En efecto, Áurea, sonriente, se acercaba a ellos. Sola, ya que había dejado a Agnus en el largo lecho, junto a los pebeteros y las fuentes de viandas y frutas.

—Tu hermosura es cada vez más resplandeciente, Octavia —dijo, al llegar junto a la pareja.

—La tuya —repuso la otra— sería inigualable si no tuvieras el arrojo de ponerte al lado del Sol. Porque, sin ofenderte, quiero felicitarte por tu acompañante.

—Me agrada que Agnus te guste…

—¿Se llama Agnus?

—Sí.

—Precisamente, Teberio me estaba diciendo que nada le agradaría más que ver enfrentarse a tu griego con mi romano.

Áurea parpadeó.

—Te equivocas, divina Octavia. Agnus no es gladiador, ni lo será nunca…

—¿Cómo? ¿Vas a reservarte toda esa belleza para ti sola? ¿No te apena que el resto de Roma no pueda admirar al griego en la arena?

—No luchará.

—Comprendo. Eres tan buena que no me he dado cuenta de que

se han despertado en ti unos maravillosos instintos maternales por ese griego. Porque le considerarás como a un hijo… ¿verdad?

Áurea se clavó las uñas en las palmas de las manos, pero no dejó por eso de sonreír.

—Siempre pensé que era mejor ser la madre de algo bello que la esposa de un montón de grasa. ¿No cambiarías con placer, divina Octavia?

Teberio se puso mortalmente pálido.

Miró a la patricia y se dijo que estaba completamente loca al insultar al Emperador de aquella manera, delante de su peligrosa mujer.

Pero Octavia sonrió lo más naturalmente del mundo.

—Te equivocas como siempre, Áurea… No me gustaría hacerme ilusiones sobre algo que puedo perder en cualquier momento… Anda, ve con él. Y recuerda que es bueno aprovechar el aroma de las rosas antes de que el gran jardinero las corte al alba…

En cuanto Áurea se hubo alejado, la expresión sonriente de Octavia se borró como por encanto.

—¡Consíguelo, Teberio! —dijo en voz baja.

—¿Qué deseas?

—Ve junto al Emperador y haz que crea que ha sido él quien ha tenido la idea de poseer su propia escuela de gladiadores. ¿Habría algo mejor, para empezar, que el griego de nuestra amada Áurea?

El cónsul se levantó y se dirigió al lugar donde Nerón se aburría soberanamente. Al verle, el Emperador le señaló unos cojines a su lado.

—Ven a mi lado, Teberio —le dijo—. No es éste el lugar adecuado para un artista como yo…

Se pasó la mano por el grueso cuello.

—La garganta se me irrita con estos olores. Y luego no puedo cantar…

—Te falta aire puro —dijo el cónsul.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leo en el color de tu piel. Estas fiestas te agotan, divino Nerón. Lo que necesitas es otra cosa…

—¿El qué?

—Tú mismo lo dijiste el otro día. Porque nadie te conoce como tú mismo.

Nerón frunció el ceño.

—¿Qué dije? Se me ha olvidado por completo…

—Hablabas de la vida sana, al aire libre; de la necesidad que los emperadores tienen de ver lo bello y lo violento, como fuente de inspiración para su divina alma de artistas. Recuerdo que dijiste: «Debo fundar mi propia escuela de gladiadores: la escuela imperial».

Nerón torció el gesto.

No le gustaba la sangre. Le ponía malo. Pero la idea era excelente. Y pensó en la alegría del pueblo de Roma cuando se enterase de que su divino Emperador poseía su propia escuela de gladiadores.

—¡Me gusta! —exclamó gozoso—. Claro que tendría que empezar por robarle Terencio a Octavia. ¿No crees que el Emperador debe tener lo mejor?

—¡Naturalmente! Pero no es necesario que Terencio lleve tus colores.

—¿Conoces alguno mejor?

—Sí.

—¿Quién?

—El griego que acompañaba a Áurea.

—¿Ese Adonis? ¿Le crees capaz de manejar el tridente, la red o la espada?

—He oído contar maravillas de él —mintió Teberio.

—¡Estupendo! Tú mismo, puesto que pasarás aún una larga temporada a mi lado, te encargarás de eso. —Sonrió, al par que daba golpecitos en el hombro de Teberio—. Pero te aconsejo que tengas cuidado. Áurea es mucho más peligrosa que esos sucios galos con los que combates.

—No temas. Esta misma noche, el joven griego pasará a mi casa. Hasta que digas el lugar donde hemos de instalar la escuela.

—¡Tu casa! Ahí, amigo mío. Es grande y tiene suficiente espacio para albergar a mis gladiadores… Pronto anunciaré nuevos juegos al pueblo… Roma prefiere la lucha a ver a esos cristianos que se dejan descuartizar sin defenderse.

Volviéndose hacia el sitio que ocupaba Octavia, Teberio hizo un gesto con la cabeza, acompañado por una sonrisa de complicidad.

La mujer del Emperador sonrió a su vez…

* * *

Junto a la litera en la que iba Áurea, Agnus marchaba despacio, todavía bajo la influencia de cuanto había visto.

Estaba asqueado.

La bestialidad de aquellos hombres, su ignorancia, su forma de obrar, le habían proporcionado un cuadro verídico de la historia. No era nada extraño que el mundo, años después, abocase a una serie de catástrofes sin cuento.

Acarició el medallón, del que había estado pendiente toda la noche. Hubiese deseado que el eslabón hiciera vibrar el detector para irse de allí, abandonando para siempre un mundo de vicio, de corrupción y de salvajismo.

El rostro de Áurea asomó por entre las cortinillas de la litera.

—Nunca más volveremos a una de esas fiestas, Agnus —dijo.

—Lo que tú ordenes.

Ella alargó el brazo, para tomar una de las manos del joven.

—Quiero que seas tú quien mande —musitó la mujer, mirándole con fijeza—. Diré a Nevios que haga un documento convirtiéndote en el dueño de cuanto poseo…

Agnus se estremeció.

Comprendía perfectamente los bajos deseos de aquella mujer. Y por mucho que ella quisiera dorar la píldora, él sabía, por lo que había oído, que era la furia amorosa de Áurea la que le hacía decir aquellos despropósitos.

De repente, cuando desembocaban de una estrecha calleja en una plaza, un grupo de centuriones armados rodeó al cortejo de servidores que acompañaban la litera.

Cuatro de ellos, con la corta espada en la mano, rodearon inmediatamente a Agnus.

Áurea sacó la cabeza.

—¿Qué significa esto? —gritó.

Un hombre se acercó a la litera. Ella le reconoció enseguida:

—¡Teberio!

—Perdona, divina. Es orden del Emperador. Nos llevamos a este hombre…

Áurea conocía demasiado las intrigas palatinas para no intuir el origen de aquella trampa.

—Ya veo que ha sido Octavia quien ha movido los hilos… ¡Pero esa sucia perra me las pagará!

—No seas imprudente, Áurea, y retén tu lengua. —Acto seguido se volvió hacia los pretorianos y gritó, con voz ronca—: ¡Adelante!

# CAPÍTULO V

Agnus había penetrado en un mundo de pesadilla. Desde el alba, en los jardines de la casa de Teberio, se reunía con los otros gladiadores, haciendo ejercicios durante el largo día.

Al atardecer, rendido, con los músculos doloridos y el cuerpo cubierto de sudor, pasaba al baño, al masaje, para caer después sobre el duro lecho y hundirse inmediatamente en un profundo sueño.

El detector no señalaba absolutamente nada.

Muchas veces, hondamente preocupado, Agnus se preguntaba si el bueno de Lentog no habría cometido un error —él o su máquina —. Por otra parte, le parecía casi imposible que el detector pudiera señalar la presencia de un ser que era factible se encontrase lejos de Roma.

También estaba asombrado de los efectos de la «energina». Su brusca vuelta a la juventud le tenía maravillado. Nunca, en sus años mozos, había sido tan fuerte como ahora. Y lo mejor del caso es que gozaba en aquellos duros ejercicios. Así, en pocas semanas, se convirtió en un hábil gladiador.

Manejaba cualquier arma con una facilidad pasmosa; y le era igual empuñar la corta espada, o el tridente, o la red.

Una mañana, Teberio, que solía seguir atentamente los ejercicios, le llamó aparte.

—Estoy muy contento de tus progresos, Agnus —le dijo.

—Me alegro.

—Dentro de tres días, tendrás que combatir en el circo. Y espero que dejarás muy alto el pabellón del Emperador.

—Haré lo que pueda.

—Te he llamado para decirte que, desde hoy, si lo deseas,

podrás salir a dar una vuelta por la ciudad. Te recomiendo algunas cosas…

—Te escucho.

—Primero: no te acerques, por nada del mundo, a la casa de Áurea. Sería fatal para ti. No conoces la cólera del Emperador y, sobre todo, la de Octavia.

—Seguiré tu consejo.

—Aún hay un par más: cuidado con el vino y las mujeres. No abuses. Estás en plena forma y sería fatal para ti si no la conservases hasta llegar a la arena.

—Pierde cuidado.

Le alegró poder dejar la casa del cónsul. En realidad, había solicitado aquel permiso en muchas ocasiones. Porque lo que le interesaba era llegar a establecer contacto con el eslabón y poder regresar cuanto antes junto a los Ancianos.

Le repugnaba aquella época bárbara, salvaje, inhumana. Y se preguntaba, con una cierta amargura, si valía la pena luchar por una Humanidad que parecía haber nacido bajo el signo de la bestialidad.

Dejando atrás los barrios elegantes donde estaba situada la mansión del cónsul, se dirigió, movido por una extraña intuición, a los barrios bajos de Tíber, allí donde había entrado en contacto con Roma, cerca del sitio en el que ocultó el sillón de la Máquina del Tiempo.

Pasó cerca de la taberna donde bebiera con Vesperio, pero no entró en el sórdido establecimiento, sino que prosiguió su camino.

Bruscamente, al llegar a una plaza, ya cerca del río, vio un lugar que la gente evitaba. Un par de soldados vigilaba a un grupo de harapientos que, sentados en el suelo, parecían esperar, junto al agua, la llegada de una barca.

Aquellas criaturas iban materialmente envueltas en trapos, harapos, viejas mantas que les cubrían, no solamente el cuerpo, sino el rostro.

La gente que pasaba evitaba cuidadosamente acercarse al área donde estaba aquella masa de desharrapados.

Agnus, en verdad, no sintió demasiada curiosidad; pero cuando, pasando por el otro lado de la plaza, se disponía a seguir su camino, una oleada de calor le inundó el pecho, al tiempo que un suave

zumbido le repercutía en la parte alta del tórax.

¡El detector le avisaba!

Fue tal su emoción que se quedó parado, sin saber qué hacer, mirando a un lado y otro, para tratar de averiguar de dónde recibía el medallón el impulso que le había puesto en marcha.

Se movió con cuidado, comprobando casi enseguida que cuando se acercaba al grupo, manteniéndose en el límite de la vigilancia de los dos soldados, el zumbido y el calor aumentaban de intensidad al unísono.

¡El eslabón estaba entre los desharrapados!

Se acercó a los soldados y les sonrió. Ellos le miraron con curiosidad, no exenta de respeto, ya que Agnus llevaba, bordado sobre su túnica, el símbolo del Emperador.

—¡Hola! —saludó—. ¿Quiénes son ésos?

—Un grupo de leprosos —repuso uno de los soldados—. Vamos a quemarlos al otro lado del río.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del mensajero.

Ahora comprendía por qué el primer eslabón había desaparecido sin dejar huella.

¡Un leproso!

Incluso si conseguía rescatarle, ¿cómo obtener descendencia de una criatura afectada de un mal tan temido como odiado?

Uno de los leprosos se levantó entonces y avanzó unos pasos hacia los soldados.

—¡Os maldigo! —gritó.

—¡Atrás! —rugió uno de los centuriones, echando mano a la espada, pero retrocediendo un par de pasos.

El medallón zumbó con una intensidad inusitada.

Agnus miró al hombre, cuyo rostro estaba comido en gran parte por la horrible enfermedad. Ahora no le cabía la menor duda de que se trataba del eslabón que la máquina de Lentog había localizado en el tiempo.

¿Qué podía hacer?

Ningún peligro podía ocurrirle si se acercaba. Por su extraordinaria calidad de mensajero, se hallaba por encima de la vida y de la muerte de aquellos seres que —ellos sí— habían dejado de existir realmente hacía miles de años.

—¿Cuándo llegará la barca? —indagó.

—A la noche.

Agnus se alejó con paso rápido, sintiendo que el zumbido del detector «cromosómico» disminuía a medida que abandonaba el lugar.

* * *

Se dirigió hacia el lugar donde había dejado el famoso sillón. Iba pensando en la única manera de resolver aquel problema.

La ciencia médica, desde hacía mucho tiempo, había resuelto la dolorosa situación de los leprosos; primero con el aceite de chaulmoogra, luego con sulfamidas y penicilina, con el promine, diasone y promizole, que detienen el curso de la enfermedad.

Más tarde, el revolucionario empleo de las sulfonas hizo que se consiguieran curaciones totales y rápidas; de las sulfonas empleadas para combatir la lepra, el sulfonetrón y la promacetina habían sido las armas más poderosas en las manos de los médicos.

Acercándose al sillón, que había ocultado en un lugar solitario, Agnus escribió unas líneas en un papel, que después colocó en un compartimiento que había detrás del respaldo.

Pedía a Lentog la nueva droga, descubierta en el año 2654, la «M-OA», capaz de hacer desaparecer los estigmas de la enfermedad en pocos minutos.

Pulsó el botón del brazo del sillón y el mueble desapareció como si se hubiera disuelto en el aire.

* * *

La oscuridad de la noche le protegía. Vio, eso sí, la hoguera que los dos soldados habían encendido en el centro de la plaza, pero el reflejo de las llamas no llegaba, ni muchísimo menos, hasta la orilla, en el lugar donde dormían los leprosos.

Consiguió llegar hasta ellos, orientándose luego por el medallón hasta detenerse junto a una forma humana que yacía, un tanto separada de las otras.

Era el eslabón descubierto por la máquina de Lentog.

Le tocó en el hombro y el otro se despertó, al principio sobresaltado. Luego, cuando Agnus le habló dulcemente, se calmó bastante.

—Toma esta píldora —le dijo el mensajero—. Luego vendrás conmigo. Soy un amigo.

—¿No tienes miedo de mi enfermedad?

—Cuando hayas tomando esto, estarás curado. ¿Me crees?

—Sí. Yo sabía que ellos no iban al olvidarme.

Tomó las pastillas y siguió a Agnus, que le guió por la zona oscura, alejándose rápidamente de allí.

Cuando amaneció, encontrándose ya al otro lado de la ciudad, el mensajero pudo comprobar que la piel del hombre estaba completamente limpia. Le compró algunas ropas y así pudieron transitar por las calles de Roma sin llamar la atención.

Pronto llegaron a una plaza donde había un mercado. Agnus adquirió un poco de comida y se sentó, junto al otro, mientras observaba como devoraba los alimentos.

—No podían dejarme —dijo el otro, limpiándose los labios con el dorso de la mano—. Tú eres de ellos, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—Cuando me trajeron aquí, yo no era más que un niño. Por eso mis recuerdos son un tanto borrosos.

—¿Cómo te llamas?

—Almio.

—¿Y dices que te trajeron aquí?

—Sí. Llegué en un gran pájaro… creo que era de hierro.

Agnus frunció el ceño.

No le extrañaba demasiado que Almio desvariara. Debía haber sufrido mucho. Y pasado mucho miedo cuando los soldados le llevaban hacia el río.

El otro le miró con fijeza.

—¿No me crees?

—No he dicho eso.

—Nadie quiere creerme. Sin embargo, te juro que te estoy diciendo la verdad. —Y después de un corto silencio, agregó—: Era un pájaro sin alas. Tenía una forma rara. Y era tan grande como un palacio. Bajamos del cielo y nos posamos en un llano. Un hombre, vestido con un traje brillante y que tenía una cabeza de cristal, me

dejó en el suelo, acariciándome luego con su mano enguantada.

»Llevaba un traje en el que el sol refulgía. Me cegaba la vista al intentar mirarle…

Ahora bajó la voz para agregar:

—Por eso sé que soy un hijo de los dioses.

Agnus sonrió.

Conocía ya bastante bien la mentalidad supersticiosa de aquellas gentes. Los dioses, en los que pocos creían realmente, desempeñaban un papel activo y casi real en la mentalidad de los ignorantes plebeyos.

—Todos me tildaron de loco…

—Te comprendo.

—Pero ya veo que no me crees. Por desgracia, he olvidado bastante lo que ocurrió, pero recuerdo perfectamente la nave… ¡Mira!

Cogió un trocito de palo que había en el suelo y empezó a dibujar, pasándose trabajosamente la lengua por los labios.

Una curiosa figura surgió en la arena.

Era una especie de elipse, muy alargada, con los bordes cruzados.

—Así era el pájaro que me trajo del suelo…

En aquel momento, sobre la figura que Almio acababa de dibujar, se proyectaron unas sombras que hicieron que el mensajero levantase la cabeza.

Un grupo de centuriones les rodeaban.

La gente, detrás de los soldados, empezó a gritar desaforadamente.

—¡Son cristianos!

—¡Han dibujado su signo en la arena!

—¡Es un pez!

—¡Detenedlos!

—¡Adoran a una cabeza de niño y beben sangre humana!

—¡Abajo los cristianos!

Con las espadas desnudas, los centuriones obligaron a los dos hombres a avanzar hacia el centro de la ciudad.

Media hora después, Agnus y Almio yacían en un lóbrego calabozo, en los húmedos sótanos del Circo Máximo.

# Capítulo VI

—Le han detenido, divino…

—¿Seguro que es un cristiano?

—Seguro.

Nerón escupió con rabia.

—¡El muy maldito! Ha estropeado mi fiesta. Pero no importa. Saldrá mañana, junto a su compañero. Quiero que lo defienda de un grupo de leones.

—¿Con armas?

—Un tridente bastará.

—Bien.

Teberio abandonó el palacio profundamente contrariado. Le daba rabia lo ocurrido. Sólo fue a ver a Nerón con la esperanza de que el Emperador perdonase a Agnus y dejara que combatiese contra Terencio, el favorito de Octavia, pero no lo había conseguido.

—Es una lástima —murmuró entre dientes—. Nunca conocerá Roma un luchador de su categoría.

Envió un soldado al Circo para dar instrucciones al jefe del espectáculo del día siguiente. De acuerdo con las órdenes de Nerón, Agnus debía ser, junto a Almio, el primero que, saltase a la arena.

Cuando volvió a su casa, vio una litera detenida en la puerta. Adivinó enseguida que Áurea le esperaba.

Así era.

Nada más verle, la mujer se levantó del asiento y avanzó hacia él.

—¿Es cierto que mi griego está en la prisión?

—Sí. Era cristiano.

—¡Bah! No lo creo. Octavia, por lo visto, tiene miedo de

enfrentarle con Terencio.

—Te aseguro, Áurea, que Octavia no tiene que ver nada con lo ocurrido.

—¡No te creo!

—Allá tú. Nerón le ha condenado a defenderse de un grupo de leones…

—¿Y si vence?

—Es imposible. Pero si tal cosa ocurriera, sólo el Emperador dispondría lo que se debería hacer.

—Digas lo que digas, Octavia no será feliz con lo que me ha hecho. Tarde o temprano, se me presentará la ocasión que espero…

Teberio no pudo por menos de fruncir el ceño al ver el brillo que el odio ponía en los ojos de aquella mujer.

* * *

El sentimiento del fracaso le proporcionaba un amargo sabor en la boca.

La plebe rugía en los graderíos abarrotados de público. Y aquel rugido llegaba hasta el calabozo, haciendo que Almio se estremeciese como si hubiera contraído súbitamente la malaria.

Se reflejaba un pánico tremendo en los ojos del antiguo leproso; de vez en cuando, miraba a Agnus y decía, con un hilo de voz:

—Tú me salvarás, ¿no es cierto? Porque tú eres de «ellos». Y «ellos» eran poderosos…

Convencido de que Almio continuaba aferrado a su sueño, el mensajero reflexionaba amargamente, sabiendo que, al final, no podría hacer nada positivo por su compañero.

Había fracasado.

En aquel calabozo sus medios eran simplemente humanos. De haberse encontrado en la proximidad del sillón, quizás hubiera intentado algo. Pero ¿qué? ¿Llevarse a Almio fuera de su tiempo? ¿Cual habría sido el incierto resultado de una experiencia tan arriesgada?

De todos modos, se dijo, defendería al eslabón mientras le fuese posible. Pero si la muerte llegaba (y él no debía temerla, ya que no se puede morir antes de nacer), perdería para siempre a este eslabón al que, por el contrario, debió salvar.

Fue entonces cuando la pesada puerta se abrió.

Seis centuriones, armados hasta los dientes, penetraron en la celda.

—¡Vamos! —ordenó uno de ellos, señalando la puerta.

Siguieron un largo y húmedo corredor, hasta que tropezaron con una verja que el romano hizo elevar para que los dos prisioneros pasaran. Cuando la verja cayó tras ellos, Agnus se percató que había otra delante de él y que ésta daba directamente a la arena.

El jefe de los soldados metió entonces entre los barrotes un tridente que cayó al suelo, cerca del mensajero.

—¡Ahí tienes tu arma, cristiano! Es orden de Nerón; porque si por mí fuese, te hubiese atravesado la garganta con ella.

Mientras Agnus sopesaba el tridente con un gesto profesional, Almio se había acercado a la otra reja por la que penetraba un potente chorro de luz y, lo que era peor, el rugido salvaje del gentío que se agolpaba en los graderíos del Circo Máximo.

El mensajero sintió en su carne lo que cientos y cientos de desdichados habían experimentado, en aquella época brutal y primitiva, a pesar de que los hombres (como siempre suele ocurrir) hablan de civilización romana o de civilización egipcia, extasiándose ante las Pirámides sin que recuerden, ¿para qué?, toda la sangre y el dolor que les sirvió de cemento.

Bruscamente, el agudo lamento de los clarines acalló el rugido de la plebe.

El silencio se hizo tan intenso, aunque duró poco, que parecía como si el mundo entero se hubiera detenido.

Luego, un rugido escalofriante se elevó de las hondas cuevas del Circo. Las fieras: los leones cazados en Nubia; los tigres de Persia; los osos de Siberia; las serpientes de Egipto; todas reclamaban, en su particular lenguaje, la libertad y la vida.

Se les había mantenido en prolongado ayuno para tenerlas dispuestas al fin para el que habían sido traídas a Roma: divertir al pueblo. Acallar las protestas por los abusos, por el hambre; saciar los bajos instintos…

«Pan y Circo» —recordó Agnus tristemente.

De nuevo sonaron los clarines. Y la verja que daba directamente a la arena se levantó, chirriando. Las siluetas de los encargados de la fiesta, hombres altos y atléticos que llevaban largos látigos de

piel de rinoceronte, se acercaron a la puerta para hacer que los dos prisioneros saliesen.

La reverberación del sol sobre la arena hizo que Agnus y su compañero cerrasen los ojos, cegados momentáneamente, por aquel irresistible reflejo.

Guiados por los tipos de los látigos, avanzaron hacia el centro del círculo. Una vez allí, sus guardianes los dejaron solos, desapareciendo ellos por una de las puertas que se abrían al pie del alto muro que formaba el colosal anillo.

—Vas a defenderme, ¿verdad? —preguntó Almio, cuya piel había adquirido un sucio olor ceniciento.

Agnus, incapaz de decir una sola palabra, asintió con la cabeza.

De nuevo se elevó el canto metálico de los clarines. Otra verja se alzó mientras que un silencio ominoso se hacía en el circo.

Tres leones, de negra melena, saltaron fuera de su cubil.

Eran tres magníficos machos, cazados en Nubia. Cegados también por el sol, se mantuvieron juntos, al lado de la verja que acababa de cerrarse tras ellos.

El griterío del populacho les hizo reaccionar.

—¡Allí! —gritaba la plebe, señalando el centro del anillo—. ¡Allí están!

Los leones, que miraban inquietos a la gente, terminaron por divisar a los dos hombres. Uno de ellos, después de golpear la arena con la borla sedosa de su cola, avanzó despacio, con paso majestuoso, seguido de cerca por los otros dos.

—Ponte detrás de mí —dijo Agnus a su compañero.

El mensajero sabía perfectamente que aquella lucha era tan desigual como imposible.

Y a pesar de la seguridad de Lentog y los otros ancianos, no podía evitar que su instinto de conservación se manifestase. Tenía miedo. Miedo a una muerte que, paradójicamente, no podía llegar para él.

Con los pies bien plantados en la arena, empuñó con fuerza el tridente, mirando con fijeza al primero de los felinos, que estaba ya a una docena de metros de él.

El animal se movía de un lado para otro, como si el hombre no le importase.

Pero en realidad estaba preparándose para saltar. El hambre le

retorcía las entrañas, pero los rugidos del público y lo extraño del ambiente le hacían ser prudente.

Los otros dos, quizá sometidos a la autoridad del primero, se habían detenido tras él y, batiéndose los flancos con sus largas colas, miraban curiosamente a los dos hombres.

Súbitamente, el león se encogió sobre sí mismo: los poderosos músculos se dibujaron con claridad bajo su piel amarillenta. Su negra melena se encrespó, al par que un rugido escalofriante brotaba de su boca.

Y saltó.

A pie firme, con el mango del tridente sólidamente aferrado entre sus manos, Agnus esperó el choque, levantando un poco el arma para poder recibir el cuerpo de su adversario.

El león contaba seguramente con su peso para aplastar a su presa; pero cuando las tres puntas aceradas del arma del hombre se hundieron en su vientre, Agnus se hizo velozmente a un lado, dejando que el animal, cuyo salto había cortado el choque, se desplomase al suelo.

Las garras del león batieron el aire, pero no encontraron nada.

Con un gesto rápido, Agnus tiró del tridente, justo en el momento en que otro de los leones saltaba sobre él.

Esta vez, el animal dio un zarpazo al llegar a la altura del arma. El mango se partió junto a la raíz del tridente, y la parte metálica de la misma cayó al suelo.

Agnus retrocedió, utilizando el mango como una lanza, para dirigir golpes al león que, con los cuartos traseros en el suelo, manoteaba con la intención de arrancar el mango de las manos de su enemigo.

Un terrible alarido hizo que el mensajero retrocediese.

Sin volverse, le bastó una ojeada para darse cuenta de que el tercer león se había abalanzado sobre Almio, cuyo pecho destrozó de un formidable zarpazo.

Una oleada de tristeza penetró en el corazón del mensajero.

Su misión, que había resultado un completo fracaso, acababa de terminar entre las fauces de aquella fiera salvaje.

El populacho gritaba de placer, brincando en los graderíos, presa de un ataque de histeria colectiva.

La vista de la sangre, de las entrañas de Almio, que el león

arrastraba por el suelo, les hacía babear de placer. Y muchos de ellos, satisfechos de aquel comienzo, se volvían hacia el lejano palco del Emperador para gritar:

—¡Ave, divino! ¡Ave, Nerón!

Detrás del Emperador, en la zona perfumada por los pebeteros, cuyo humo formaba un muro protector del olor animal de la plebe, Octavia se volvió hacia su derecha donde, especialmente invitada por Nerón, se hallaba Áurea.

—Ahora le toca a él…

Áurea, intensamente pálida, no dijo nada. Sus ojos estaban fijos en la alta y atlética silueta que se erguía ante el león que continuaba dando zarpazos.

Agnus, aún impresionado por lo ocurrido al desdichado eslabón, sintió crecer la furia que la fatalidad de los hechos había desencadenado en él.

Dispuesto a todo, lanzó un golpe, con la punta del mango, hacia el fondo de la roja boca del león. Éste cerró sus poderosas mandíbulas, pero lo hizo un poco tarde.

La punta astillada del palo penetró profundamente en su garganta.

Los dientes de la fiera partieron el mango como si hubiera sido de papel; pero, con la astilla clavada, mortalmente herido, sangrando por la boca, huyó, revolcándose luego, intentando arrancarse con las manos aquella colosal espina que iba a matarle.

Agnus no tenía ya en las manos más que un corto palo de unos tres pies de largo.

Sobre los restos de Almio, la tercera fiera miró a Agnus, lanzando un corto rugido, sin gran entusiasmo.

Estaba ahíto. Pero al ver que el hombre venía con intención de importunarle, abrió las fauces y aferró un brazo de su víctima, con el que se alejó corriendo, en busca de un lugar en el que pudiese devorar tranquilamente su pitanza.

Por primera vez, Áurea se volvió para mirar a Octavia.

—Ha salido triunfante. Debías decir a Nerón que le indultase.

Octavia lanzó a la otra una mirada ardiente. Una sonrisa burlona se pintó en sus labios.

—Creo que voy a complacerte… —dijo.

Se levantó y fue hacia el sillón que ocupaba el Emperador, a

quien habló al oído, en voz baja, pero sin dejar de sonreír.

Luego regresó a su asiento.

—Todo se ha arreglado, Áurea —dijo—. Creo que vamos a divertirnos…

Momentos después, desde las primeras filas de los graderíos, un grupo de guerreros partos asaetó a los dos leones que aún quedaban con vida.

Luego, esclavos negros recogieron los cuerpos de las fieras y limpiaron someramente las manchas de sangre.

Otros esclavos, éstos blancos, clavaron una estaca en el centro del circo; mientras un grupo de centuriones rodeaban, espada en la mano, a Agnus, que intentaba adivinar los propósitos de aquellos hombres.

No tardó en saberlo.

A punta de espada, después de hacer que soltase el resto del mango que aún empuñaba, le llevaron junto al madero, atándole fuertemente a él.

Los negros colocaron leña seca al pie del madero.

¡Iban a quemarle vivo!

En el palco, Áurea, horrorizada bajó la cabeza; a su lado, sonriendo siempre, Octavia disfrutaba del triunfo como jamás lo había hecho.

En el madero, Agnus se preguntó, sinceramente asustado, cómo iba a librarse de aquello. Cuando las llamas empezaron a llevar hasta él un calor abrasador, se preguntó, lleno de angustia, si los cálculos de los ancianos iban a ser ciertos.

Bruscamente, sin previo aviso, perdió el sentido.

En aquel mismo instante, el pueblo de Roma se quedó boquiabierto. Durante un corto espacio de tiempo, y como el humo formase un muro alrededor del madero, la mayoría de ellos creyó que era el humo lo que les impedía ver al condenado.

Pero como si el destino desease burlarse de ellos, una brisa fuerte hizo que el humo de la hoguera volase bajo, a ras de tierra. Y entonces, sin ningún género de dudas, pudieron comprobar que el cristiano condenado al fuego había desaparecido.

Mientras, con los ojos arrasados de lágrimas, Áurea reía sin poder contenerse, el pueblo de Roma rugía su furia y su despecho, volviendo su rostro hacia su Emperador.

—¡Cerdo! ¡Nos has engañado!

—¡Muera Nerón!

Asustado, como solía ocurrirle cada vez que la plebe le gritaba de aquella guisa, Lucio Domitius Nerón Claudius, Emperador de los romanos, se ocultó la cabeza con la toga, de la misma manera que lo haría después, al ordenar al hombre que le acompañaba que clavara su espada en su garganta, incapaz de darse muerte por sí mismo.

# CAPÍTULO VII

Todos parecieron despertarse al mismo tiempo. Una agitación desacostumbrada se pintó en sus arrugados rostros. Y cuando Agnus se levantó del sillón, los ojos de los ancianos se clavaron en él como si no fuese uno de ellos…

Los miró, sintiéndose superior corporalmente a aquel grupo de hombres de edad provecta. La acción de la «energina», acelerada quizá por el viaje al pasado, seguían mostrándole como un joven de alta estatura, fuerte, de amplios hombros y miembros musculosos.

Miró a Lentog, que era quien estaba más cerca de él.

—He fracasado —manifestó.

Nadie pronunció una sola palabra. Y él, en pie, dominándoles con su aventajada estatura, les contó detalladamente la fantástica aventura de la que acababa de regresar.

—Cuando aquellos salvajes intentaban quemarme vivo —terminó diciendo—, perdí súbitamente el sentido. —Y mirando de nuevo a Lentog, agregó—: No entiendo cómo sucedió…

—Era normal, Agnus —repuso el interpelado—. Al acercarse el imposible momento de tu muerte, la «ecuación del tiempo real» obró en consecuencia y te sacó de allí, ya que no podías perecer miles de años antes de haber venido al mundo.

—Así fue.

—¿Dónde recobraste el conocimiento?

—Cerca del lugar donde había ocultado el sillón.

—Así debía ser…

Se volvió hacia los otros.

—El fracaso del hermano Agnus —dijo con voz lenta— no debe descorazonarnos. Estamos cada vez más convencidos de que hay que salvar, sea como sea, a uno de esos maravillosos eslabones de

una nueva humanidad.

—¿Es que vais a mandarme de nuevo al pasado? —indagó el mensajero frunciendo el ceño.

Lentog miró hacia él.

—Durante tu ausencia —explicó—, hemos recibido noticias de las colonias que la Humanidad ha formado en el cosmos. Y, tal y como temíamos, nuevas guerras, cada vez más horribles, han estallado en la casi totalidad de los planetas conquistados.

»La semilla de la discordia, del odio, de la envidia y de la ambición ha florecido por doquier.

»Ríos de sangre inocente vuelven a correr por las tierras en las que el hombre ha puesto su planta. Por ahora, afortunadamente, los viajeros que abandonaron la Tierra desconocen el secreto de las armas nucleares.

»Pero ¿cuánto tiempo tardarán en descubrirlas de nuevo?

»Si tal cosa sucede, proyectiles y naves espaciales, cargadas del nefasto poder del átomo, atravesarán el espacio, de un sistema a otro, para llevar un mensaje de muerte y de destrucción que acabará siendo el signo del Universo entero.

»En nuestra mano está el evitarlo…

Agnus no dijo nada. Mas el recuerdo de lo que había pasado le produjo un largo estremecimiento. Dudó unos instantes; luego, decidido, dijo:

—El pasado es horrible. Nada de lo que hemos leído y estudiado puede compararse a la realidad vivida. Sólo volviendo a esas épocas bárbaras, es posible percatarse de todo lo que ha sufrido la mayor parte de la Humanidad.

—Te comprendo —repuso Lentog—, pero esta vez no regresarás a una época totalmente primitiva. Recuerda que el segundo eslabón apareció a finales del siglo XVIII…

—¡En pleno Terror de la Revolución Francesa!

—De todos modos, por mucha crueldad que se ejerciera en aquel triste evento, no es comparable con el mundo primitivo del que acabas de regresar.

»Además, necesitamos que triunfes. Ten más cuidado esta vez. Con un poco de habilidad, conseguirás hacer que el eslabón se reproduzca; una vez que lo hayas logrado, tu misión habrá terminado definitivamente…

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—Si uno de esos eslabones se reproduce, la Humanidad cambiará por completo de curso y de historia, ¿no es así?

—En efecto.

—Y es muy posible que, sucediendo esto en el pasado, nosotros nos veamos afectados por ello… y hasta puede ocurrir que ni siquiera nazcamos…

—Así puede suceder.

—¿Y vamos a prescindir de nuestra vida de esa manera estúpida?

El asombro se pintó en los ojos de Lentog. Y a todos los demás les sucedió lo mismo. Miraron a Agnus como si no le reconociesen.

El mensajero se dio cuenta de que había hablado demasiado. Hasta él mismo le sorprendió. Pero casi enseguida comprendió que su nuevo cuerpo —su cuerpo joven y lleno de vigor— se rebelaba ante un final inesperado y absurdo.

Por primera vez desde que había regresado a su época, notó el abismo que se había abierto entre él y los demás «Ancianos».

—Perdonad —musitó confuso—. He dicho una tontería.

—Nada es tan importante como salvar a la Humanidad —sentenció Lentog—. Nuestra vida no cuenta, carece totalmente de importancia…

—De acuerdo. Ahora quisiera saber una cosa…

—Habla.

—Me refiero a las cosas extrañas que dijo Almio, el hombre al que curé de la lepra, el primer eslabón…

—¿Y bien?

—Habló de un pájaro de hierro; dijo, exactamente, que le habían dejado sobre la Tierra…

Lentog sonrió.

—Regresas, Agnus —dijo con tono doctoral—, de una época cargada de superstición y de ignorancia. Casi como en Grecia, los romanos vivían en constante contacto con sus dioses. Las palabras del eslabón demuestran, sencillamente, hasta qué punto había anidado en su espíritu la idea de la época.

—Está bien.

—Vamos a proporcionarte la ropa necesaria para que puedas

circular libremente por la Francia del siglo XVIII. Todos confiamos en ti y esperamos con ansiedad que esta vez veas coronados tus esfuerzos por el más rotundo de los triunfos…

* * *

—¡Alto, ciudadano!

Agnus se detuvo. En la luz incierta de la callejuela, las bayonetas brillaban con reflejos acerados. Un hombre se destacó del grupo que la sombra impedía ver, para acercarse al mensajero.

—Tus papeles, ciudadano…

Agnus buscó en el bolsillo de su levita los documentos que Lentog le había preparado, copiando exactamente aquellos célebres «pases» que eran necesarios, y vitales, para circular por el París de 1793…

El sargento jefe de la patrulla se acercó al farol para leer los papeles que Agnus le había entregado.

—Claude Duplessis… ¿es ése tu nombre, ciudadano?

—Sí.

—Vienes de Burdeos.

—Así es.

—¿Y qué te ha traído a París?

—Vengo en nombre de un grupo de ciudadanos…

—¿Girondinos?

—No. Pertenecemos a un grupo independiente. He de presentar una moción en la primera sesión de la Convención.

El sargento se echó a reír.

—¡Nadie te escuchará, ciudadano! Sobre todo, mañana. —Se volvió hacia los soldados—. ¿Habéis oído? ¡Quiere hablar mañana en la Convención! Perdona que te lo diga, ciudadano… ¿cómo diablos es tu nombre?

—Claude Duplessis.

—Es verdad. Pues bien, ciudadano Duplessis: nadie te escuchará mañana en la Convención porque nadie estará allí. Ni un solo revolucionario faltará mañana a la gran fiesta…

—No comprendo.

—Mañana, ciudadano, Luis XVI será guillotinado…

Agnus frunció el ceño. Distraído por el charlatán del sargento,

había olvidado la fecha.

—No lo sabía —mintió.

—Te creo. Y ahora, puesto que me has sido simpático y acabas de llegar a París, voy a darte una dirección para que puedas pasar la noche. No es bueno circular a estas horas por las calles…

—Eres muy amable.

—Puedes ir a la calle Tissot. Allí se encuentra la posada de la madre Bernard. Puedes decirle que te envía el sargento Magrignon.

—Gracias.

El mensajero siguió la dirección que le habían indicado. París dormía una noche más de aquella formidable revuelta que estremecía al mundo.

La posada era una casa de dos pisos, en una calle estrecha y maloliente. Agnus empujó la puerta y se encontró en una amplia sala, de techo bajo, llena de mesas, casi todas ocupadas por gente que comía y bebía.

Cruzó la estancia y fue hacia el mostrador que se veía enfrente.

Mientras avanzaba, mirando con curiosidad a su alrededor, recordó la otra taberna, el lugar de Roma al que le había llevado de Vesperio. Y se maravilló, comparando la una con la otra, diciéndose que, a pesar de los siglos transcurridos, la Humanidad había avanzado muy poco.

Para un hombre como él, que venía de un futuro que aquellas gentes no hubieran podido ni soñar, 1793 era, en realidad, un tiempo hundido aún en la tenebrosa dimensión de la Edad Media.

—¿En qué puedo servirte, ciudadano?

La mujer era baja, gruesa, con un pecho enorme y unos brazos que la grasa había hecho fofos, pero cuyas dimensiones eran colosales.

—Me manda el sargento Magrignon.

—¡Muy bien! Si quieres comer, allí hay una mesa vacía. Te serviremos enseguida… Ya ves que mi casa está muy animada esta noche. Lo mismo ocurre en todas las posadas y albergues de París. Ha venido infinidad de gente, de los pueblos y ciudades, que desean asistir a lo de mañana.

Agnus asintió con la cabeza, dirigiéndose después a la mesa que la dueña del local le había indicado.

Una moza fuerte, de aspecto casi viril, le sirvió momentos

después. La muchacha, mostachuda y fea, llevaba un gorro frigio sobre su cabeza, dejando ver parte de un pelo revuelto y mal cuidado.

En contra de lo que pudiera imaginar, el mensajero tenía apetito y devoró con fruición la carne y las habichuelas que le sirvieron. El vino era bueno, pero no tanto como el que degustó en aquella vieja taberna, a orillas del Tiber…

Hundido en sus recuerdos, ni siquiera pensaba en la misión que le había traído aquí.

Fue por eso necesario que el calor le picase en la parte alta del pecho, y que el sonido del medallón se hiciera perceptible, para que el mensajero, entrando en contacto con la realidad, se estremeciese.

«¿Cómo? —se preguntó—. ¿Es posible que nada más llegar me encuentre ya ante el eslabón?».

Levantó la cabeza, viendo al hombre que pasaba junto a su mesa. Era aquel tipo quien había hecho funcionar el detector «cromosómico». Pero Agnus no tuvo más que una visión rápida, ya que el desconocido pasó ante él, subiendo después rápidamente por la escalera que conducía al piso superior.

Agnus llamó a la moza. Su segundo viaje, más organizado que el primero, no le había pillado desprovisto, ya que Lentog le proporcionó dinero de la época, que tomó del Museo Arqueológico e Histórico que los sabios ancianos poseían.

Pagó, dando a la mostachuda republicana una buena propina.

—¿Puedes decirme —le preguntó luego— quién es el ciudadano que acaba de subir por la escalera?

—¿Es que no le conoces?

—No. No conozco a nadie. Acabo de llegar de provincias.

—Es el ciudadano Robespierre…

—¿Maximiliano?

Ella se echó a reír.

—No, su hermano Agustín.

—Gracias. ¿Quieres traerme otra jarra de vino?

—Enseguida, ciudadano.

Agnus miró hacia la parte alta de la escalera. Estaba dispuesto a esperar, ya que no podía permitirse el lujo de perder al eslabón que había encontrado de manera tan fortuita.

Bebió un par de vasos. Luego, repentinamente, dos hombres

bajaron la escalera. Y una vez más, aunque de manera tenue, el medallón empezó a funcionar.

Dejando una moneda sobre la mesa, el mensajero salió tras los dos hombres, permitiendo que se adelantaran un poco para seguirlos sin despertar sus sospechas.

Anduvo tras ellos largo tiempo. Estaba seguro de que habían atravesado parte de la ciudad. Luego, cuando les vio acercarse a un coche que les esperaba, apretó el paso, echando a correr cuando el vehículo se puso en marcha.

De un salto ágil, se enganchó en la parte posterior, permaneciendo colgado hasta que pudo colocar los pies en el eje posterior. Así se mantuvo, a fuerza de músculos, mientras que el coche se alejaba de la ciudad, hacia el norte, hacia Saint Denis.

La vibración del detector no era demasiado fuerte.

Pensando en aquel detalle, Agnus se preguntó a qué podía deberse el fenómeno. Recordando lo ocurrido en Roma, le parecía que el sonido del medallón y aquella sensación de calor que llegaba a su piel eran muchísimo más débiles que en su contacto con el primer eslabón.

Al detenerse el coche, Agnus soltó a tierra, para ocultarse al borde del camino.

Los hombres descendieron, dirigiéndose luego a una casa aislada, una especie de granero o algo parecido, por cuya puerta principal desaparecieron.

Agnus les siguió.

Pero a medida que se acercaba a la casa, la vibración y el calor del detector se hicieron fortísimas. Dió la vuelta al caserón y se asomó por una de las ventanas. Un gran farol iluminaba la única estancia.

Lo primero que llamó la atención a Agnus fue un rostro inolvidable; el de un hombre que había dejado una triste huella en la historia del mundo.

Estaba junto a Agustín y al lado del hombre que aquél había ido a buscar a la posada.

Aquel hombre era Maximiliano Francisco Isidoro Robespierre.

## CAPÍTULO VIII

Los tres hombres se pusieron a tirar de los sacos que cubrían un gran objeto que ocupaba gran parte de la sala. A medida que los sacos se fueron amontonando en el suelo, el mensajero vio surgir ante él una especie de ovoide, brillante como si fuera de plata.

Al principio, no comprendió la exacta naturaleza de aquel objeto; pero cuando los tres hombres lo hubieron descubierto del todo, Agnus tuvo que ahogar una exclamación de sorpresa que pugnaba por brotar de sus labios.

¡No, no era posible!

No debía olvidar que estaba en el siglo XVIII. Aquel objeto no «casaba» en absoluto con la época, y hubiese causado el mismo asombro que el que produciría la vista de un televisor en la alcoba de un emperador romano.

La voz del hombre que acompañaba a los hermanos Robespierre cortó el hilo de sus elucubraciones:

—He estudiado este objeto y os aseguro que no lo entiendo.

Maximiliano sonrió.

—Será el símbolo del Ser Supremo. Lo colocaremos en el centro de París para que los franceses lo adoren[1].

Intervino Agustín:

—Para nosotros, está unido a un gran recuerdo, Valenceau. Tú eres un sabio, y nos hubiese gustado que descifrases este misterio.

El hombre meneó la cabeza.

—No me ha sido posible —repuso—. El metal es completamente desconocido. ¿Dónde lo encontrasteis?

Los dos hermanos se miraron.

Luego, Maximiliano, decidido, dijo:

—Podemos confiártelo, Valenceau. Agustín y yo llegamos en

este aparato. Nuestros padres adoptivos lo encontraron en las cercanías de Arras. La puerta estaba abierta y entraron. Allí estábamos mi hermano y yo. Mi madre nos adoptó y nos dio su nombre.

—¿Y el aparato?

—Lo ocultó durante mucho tiempo. Cuando nos hicimos hombres, nos contó la verdad. Sirviéndome de un grupo de campesinos a los que engañé, diciéndoles que se trataba de una máquina para purificar el vino, hice que lo trajesen aquí.

—¿Y la puerta?

—Debió cerrarse. En realidad, la hemos buscado sin conseguir encontrarla jamás.

—Entiendo.

—La importancia de nuestro misterioso nacimiento demuestra claramente que estamos destinados a ser los guías de la Humanidad. No hay duda de que fuimos enviados para ello.

—¿Por quién?

—Lo ignoro. Pero eso no importa. Conseguiré aplastar a los Girondinos, convertiré el país en el más grande del mundo. Luego, con el apoyo del Ser Supremo, Francia regirá los destinos de los demás pueblos.

Agnus, boquiabierto, más por lo que veía que por lo que escuchaba, se preguntaba el origen de aquel misterio.

Porque lo que ignoraban los otros hombres, él lo sabía. Aquel objeto brillante no era, ni más ni menos, que una astronave.

Cuando el trío salió de la sala, para dirigirse hacia el vehículo que les esperaba, el mensajero permaneció allí. Después entró por la ventana y, tras acariciar la superficie pulida del aparato, consiguió encontrar el resorte que abría la puerta y penetrar en el interior.

No se había equivocado. Se trataba de una astronave perfecta, dotada de aparatos que los hombres tardarían aún siglos en descubrir y utilizar.

Suspiró.

Y sin poder evitarlo volvieron a su mente las misteriosas palabras de Almio, el leproso. También él había llegado en un aparato…

Después de extasiarse ante la perfección de los aparatos que encerraba la astronave, cerró la puerta y abandonó la casa, echando

a andar luego hacia París.

* * *

Las calles estaban llenas de gente. A lo largo del itinerario que llevaba desde la prisión a la guillotina, una multitud rugiente esperaba el paso del carretón que conduciría al rey hasta el patíbulo.

Evitando aquellas calles, el mensajero, que había llegado a la ciudad en las primeras horas de la mañana, reflexionaba acerca del plan que había meditado en el camino de Saint Denis a París.

Necesitaba una mujer.

Por encima de todo, de las dudas que le asaltaron al ver la astronave, debía cumplir con su misión.

Ahora, que conocía ya la identidad del segundo eslabón, debía hacer lo que fuese para garantizar la sucesión de Robespierre. Era curioso que él conociera lo que iba a pasar y que supiera, por tanto, que Maximiliano recorrería el mismo camino que, en aquellos momentos, constituía la última etapa del monarca francés.

También la guillotina segaría la vida de Robespierre, ya que éste, que se disparó un tiro, no consiguió más que fracturarse la mandíbula, siendo apresado inmediatamente y conducido después a la guillotina.

También su hermano moriría del mismo modo. Y como Maximiliano, Agustín intentaría suicidarse tirándose por una ventana, pero, como el otro, también fracasaría.

«Robespierre —pensó el mensajero— morirá el 10 Thermidor; es decir, el 28 de julio de 1794…».

Tenía más de un año para cumplir su misión.

Por suerte, Lentog le había proporcionado una verdadera fortuna en monedas de oro. Con la bolsa repleta, no era demasiado difícil encontrar a una mujer que enamorase al enloquecido jefe de la Montaña.

Alejándose de la parte de la ciudad donde el gentío enronquecía gritando al paso del rey, Agnus se dirigió a la posada donde había cenado la noche anterior.

La gruesa patrona le recibió sonriente, pero con el ceño fruncido.

—¿Cómo? ¿No vas a ver caer la cabeza del rey?

—No. Prefiero hacer otra cosa. ¿No conocerías, ciudadana, una joven hermosa, muy hermosa…?

La otra se echó a reír.

—¡Eres un granuja, ciudadano! De veras que me asombra que, en momentos tan importantes, pienses en esas cosas… Si no fuera por mi maldito negocio y por las varices de mis pobres piernas, ¡iba a perderme un espectáculo como ése! —Se pasó la mano por las greñas—. Pero allá tú… Has dicho que deseabas conocer a una joven…

—Así es.

—¿Tienes dinero?

—Sí.

—¿Mucho?

—Lo suficiente.

—Está bien. Tendrás que preparar cien monedas para mí…

—De acuerdo.

—Eso me gusta. Esta noche voy a enviarte a casa de una preciosidad. No te importará que la joven sea una aristócrata, ¿verdad?

—Me es igual.

—Lo suponía. Es una joven deliciosa, a la que no hemos querido enviar a la «Louisette»[2] porque era una verdadera lástima. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Vuelve esta noche… y diré a Mélaine que te acompañe.

—Gracias.

—¡Alto ahí, ciudadano! Yo no vivo de gracias. Dame mi dinero…

Agnus sacó la bolsa y contó las monedas que puso sobre el mugriento mostrador.

Los ojos de la madre Bernard se encendieron como carbones al rojo.

—Ya veo que estás bien provisto, ciudadano.

—Sí.

—¡Hasta la noche! Y te aseguro que quedarás contento.

Agnus abandonó la posada.

* * *

El ruido seco de la guillotina levantó un griterío indescriptible.

Abriéndose paso entre la gente que se agolpaba, entre los que se alzaban de puntillas para vez la cabeza de Luis XVI, que el verdugo iba a mostrarles de un momento a otro, Magrignon siguió a Mélaine.

Una vez fuera de la masa humana, el hombre lanzó un gruñido.

—¡La madre Bernard debe de estar loca! Mira que sacarme de aquí… Ya es triste que no pueda contar a mis nietos que vi la cabeza del rey…

—La patrona dice que es muy importante.

—Está bien, está bien…

Juntos, el sargento y la membruda moza se dirigieron hacia la posada.

A aquellas horas y debido a lo que ocurría en la plaza de la Revolución, la posada estaba completamente vacía. Al ver llegar al sargento, la obesa patrona le señaló una mesa, la más apartada, sentándose ambos después de que la madre Bernard enviase la moza a la cocina.

—¿Qué diablos ocurre? —indagó Magrignon.

—Algo muy importante.

—Ya debe serlo para que me hayas hecho venir, precisamente hoy.

—Más de lo que te imaginas.

—¿De qué se trata?

—Escucha. Tú me enviaste anoche a un tipo. ¿Lo recuerdas?

—¡Claro! Se llamaba… espera… Claude Duplessis.

—Bien. ¿Sabías que era un «aristo»?[3].

—¡No lo era! Yo leí su pasaporte. Venía de Burdeos…

—¡Bah! Papeles falsos… Anoche, cuando Mélaine me dijo que había pagado con una moneda de oro, empecé a sospechar. Esta mañana ha venido, en vez de estar donde todo el mundo, para preguntarme si conocía a una muchacha hermosa.

—Tendría ganas de divertirse.

—¡Tonterías! Una muchacha hermosa… no puede ser más que una aristócrata. Sobre todo, cuando se paga por una información, sin rechistar, cien monedas de oro.

—¿Eso te ha dado?

—Contantes y sonantes; pero… ¡si hubieras visto la bolsa!

—¿Llevaba muchas más?

—Cerca de quinientas, por lo menos… ¿Dudas ahora de que sea un «aristo»?

—¡En absoluto!

—Su juego está claro. Es uno de esos que se dedican a sacar a los «aristos» de París. Los lleva a la costa y luego… ¡plan!, a Inglaterra.

—Te creo.

—Escucha bien, ciudadano. Esta noche, Mélaine va a llevarle al escondite de *Mademoiselle* Ducamps… ¿la recuerdas?

El sargento se echó a reír.

—¿Quién puede olvidarla? Tuya fue la idea de que la librásemos de la guillotina. Claro que nos pagó bien por eso: joyas, dinero… Pero sigue, me muero de impaciencia.

—Estoy segura de que ese Duplessis sabía algo. Si no, ¿cómo vendría aquí para preguntar por una joven hermosa?

—¡Tienes razón!

—Él conocía la existencia de esa Magdeleine Ducamps. Y quiere sacarla del país.

—¡Lo evitaremos! Haremos la denuncia hoy mismo.

—¡Alto ahí, ciudadano! No habrá denuncia alguna. Esta noche, tú y tus hombres esperaréis a Claude junto a la puerta de la casa de la chica. Cuando llegue, guiado por Mélaine, le quitáis de en medio… ¡y en paz!

—Pero…

—¡Cierra el pico! Cuando haya muerto, despides a tus hombres y te apoderas de la bolsa y todo lo que de valor lleve encima. Luego vienes aquí y nos lo repartimos como buenos hermanos.

—Está bien. ¿Y la muchacha?

—Ni siquiera se enterará de lo ocurrido. Ya sabes que no se atreve de salir de casa.

—Podríamos matarla también.

—¡No seas estúpido, ciudadano! Es la gallina de los huevos de oro. Debe de ser alguien importante cuando quieren sacarla de aquí. Y puedes estar seguro de que mandarán a alguien más para intentarlo.

—¡Buen negocio!

—¡Qué sería de ti sin la ayuda de la madre Bernard! ¡Trae una jarra de vino, Mélaine! ¡Pero del bueno!

# CAPÍTULO IX

Sonriente, la madre Bernard mostró su boca desdentada.

—Todo está a punto, ciudadano —dijo en voz baja—. Ahora saldrás de mi casa. Cuando hayas pasado la puerta, ve hacia la derecha. Mélaine estará esperándote en la esquina.

—Bien.

—¡Vaya suerte la tuya, ciudadano! Esa muchacha es canela fina…

Agnus cortó bruscamente los propósitos inconfesables que escapaban de la lengua viperina de la madre Bernard.

—Muchas gracias… ciudadana.

Abandonó el albergue, marchando con paso rápido hacia la esquina en la que distinguió la silueta hombruna de la moza.

—¿Vamos? —invitó ella.

—Vamos.

Mélaine había recibido una moneda de oro y se consideraba la mujer más afortunada de París.

Precediendo a Agnus, le guió por un dédalo de callejas oscuras y malolientes. La oscuridad era casi completa.

Mientras, escondidos en el dintel de un portal, el sargento y sus hombres, armados con sables, esperaban la llegada del supuesto aristócrata.

Nervioso, Magrignon estaba calculando lo que podría hacer si, en vez de repartir con la madre Bernard, se quedaba con todo el contenido de la bolsa.

Precisamente sentía deseos de dejar París y unirse a las tropas que, bajo la influencia de la presión de los Girondinos, iban a ser enviadas a las fronteras de la República.

Con dinero, era sencillo dejar de ser sargento y convertirse en

teniente o capitán. Se pasó la lengua por labios.

De repente, el sonido de unos pasos llegó hasta él.

—Preparadse —dijo, en voz baja, volviéndose hacia los soldados que le acompañaban.

Pronto distinguió la maciza silueta de la hombruna moza de la posada.

Detrás de ella venía el hombre joven y alto con el que había tropezado en su ronda nocturna por las calles de París.

La bolsa.

Por lo menos cuatrocientas monedas de oro, con las que podría convertirse, en un instante, en un hombre rico y poderoso… siempre que no tuviera que dar la mitad a la bruja de la posada.

Mélaine pasó ante ellos, sin ni siquiera echar una ojeada al portal que una oscuridad completa ocultaba. No obstante, su patrona le había explicado lo que ocurría.

«¡Lástima que un joven apuesto tuviese que morir acuchillado!» —pensó mientras proseguía su camino.

Al pasar Agnus, el sargento rugió:

—¡A él! ¡Acuchilladle!

Brillaron los aceros, dirigidos certeramente hacia el cuerpo del mensajero, pero antes de que sus agudas puntas tocasen el cuerpo, Agnus sintió que un vivísimo reflejo le cegaba.

Y como la vez anterior, perdió el conocimiento.

Boquiabiertos, horrorizados, Magrignon y sus hombres vieron que el aristócrata desaparecía ante ellos. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

* * *

Lentog, sin mirar más que a Agnus, en medio del consejo reunido en la gran sala, frunció el ceño.

—¡Otro fracaso! —Gruñó.

—Esta vez —repuso el mensajero—, ha sido una verdadera fatalidad.

—¡Como la anterior!

—No sé. Lo único que me preocupa de verdad es lo que vi en aquella especie de almacén.

—Ya te hemos oído.

—¿Es que no me creéis?

—Sí.

—¿Entonces?

—Siempre hemos sospechado, aunque no teníamos pruebas concretas, que la Tierra ha sido visitada, a lo largo de su historia, por gentes venidas de otros mundos.

»Hay muchas huellas, a lo largo del tiempo, que no se explican por los conocimientos de las gentes que las construyeron. Se ve en ellas una mano inteligente, extraña…

»Pero eso, después de todo, carece de importancia. Lo que te ocurrió en Roma, como lo que te ha pasado ahora, no quiere decir, ni muchísimo menos, que los eslabones estuvieran relacionados con algo espacial.

—¡Yo creo que sí!

—¡Tonterías! Pura casualidad…

—Almio recordaba haber llegado del espacio; los hermanos Robespierre decían lo mismo.

—Error. Conocemos la identidad de los padres de Robespierre. En cuanto a lo que dijo el romano leproso, no puede ser más que un poco de fantasía y superstición.

—Si tú lo dices…

—Lo dice el Consejo entero. Y no querrás imponerte a hombres más viejos y sabios que tú…

—Ni siquiera lo intento.

Hubo un largo silencio.

Luego, Dremes y Glen hablaron en voz baja.

—De todos modos —dijo Glen—, no tendremos más remedio que intentar la tercera experiencia.

—¿De nuevo? —protestó Agnus.

—Sí —replicó Lentog con viveza—. Tus fracasos nos han causado ya serios disgustos. No nos queda más que una oportunidad.

—Lo sé.

—Y esta vez, hermano, debes aprovecharla. No te irás inmediatamente, ya que espero que mi máquina me facilite mayores precisiones sobre la situación exacta del tercer eslabón.

—¿Qué quieres decir?

—Que descansarás unos días. Alemania, en el siglo XX, era un

país demasiado poblado para que tengas que recorrerlo en busca de lo que nos interesa.

»Mi máquina precisará más y así podrás ir sobre seguro.

—Como tú mandes.

—Puedes retirarte.

Agnus, con un suspiro de alivio, se dirigió a su estancia, tendiéndose en el lecho, luego de haberse cambiado de ropa, pero le fue imposible conciliar el sueño.

Mil y mil ideas contradictorias, angustiosas, surcaban su mente. Hilando en los recuerdos de los dos extraordinarios viajes que acababa de realizar a las lejanas regiones del pasado de la Tierra, intentaba explicarse una cierta identidad que le sobrecogía.

Primero, Almio.

Un leproso en Roma, de donde habían sido alejados los enfermos de aquella temida peste. Un hombre que afirmaba haber llegado del espacio.

¿Qué hubiese ocurrido de haber conseguido salvarle y dejar que tuviese descendencia?

¡No lo sabía!

En el segundo caso, la personalidad de Robespierre se prestaba más a llegar a un resultado lógico. El haber salvado a Maximiliano hubiera producido graves cambios en la historia.

Utilizando el Terror y la guillotina, Robespierre hubiese hecho su propia revolución. Y, posiblemente, un hombre pequeño, nacido en Córcega, Napoleón Bonaparte, no hubiera llegado a Emperador.

Quizá sí que Bonaparte hubiera ejercido un papel importante, pero bajo las órdenes de Robespierre y sus descendientes.

El Terror.

¿Habría sido ésa la fórmula que llegase a convertirse en el eje de la historia del mundo?

Un planeta sometido a una Francia revolucionaria, al modo robesperiano; un mundo adorando a un Ser Supremo, cuyo símbolo fuese la misteriosa astronave que se ocultaba en Saint Denis.

¿Qué relación había entre una cosa y otra?

Agnus se devanaba los sesos sin resultado positivo. Finalmente, cansado de pensar, alejó las elucubraciones de su mente y dejó que el sueño, que tanto necesitaba, se apoderase por completo de él.

* * *

Con un resoplido quejumbroso, el tren se detuvo. Aquellos que no habían conseguido conciliar el sueño se precipitaron hacia las ventanillas y las abrieron para asomarse a ellas, protegidos por la oscuridad, ya que en los pasillos de los vagones no había más que unas parpadeantes y tímidas luces azules.

Los otros, militares también, los unos profundamente dormidos; los otros aferrados espasmódicamente a su miedo, se quedaron sentados o echados en los asientos.

Hans siguió el impulso de los primeros.

Acercóse a una ventanilla, ya abierta, y se acodó en las barras metálicas. A su lado, un sargento se puso rígido al ver sobre los hombros del recién llegado las insignias de capitán.

—No se moleste, sargento. Quédese donde está.

—Gracias, señor.

La noche formaba una franja de negrura que rodeaba al convoy; más allá, hacia un cercano horizonte, las cosas cambiaban.

«Se diría una noche de fiesta» —pensó el capitán.

Porque el cielo estaba lleno de luces; puntos verdes y rojos que subían con aparente pereza desde el suelo, y que parecían guiados por los largos dedos blancos de los reflectores.

Hasta el sordo trueno que llegaba de allí semejaba el estrépito alegre de los cohetes de una feria enorme: una feria que abarcase la totalidad de la ciudad de Berlín.

Más al fondo, en el horizonte lejano, relámpagos azules hacían pensar en una de esas tormentas de verano que se anuncian mucho antes de estallar.

Hans miró hacia el suboficial y preguntó, sin poder resistir la curiosidad:

—¿Qué es aquello del fondo, sargento?

El hombre estuvo a punto de manifestar abiertamente su asombro; pero mientras esbozaba una sonrisa, pensó que el flamante uniforme del capitán demostraba bien a las claras que debía pertenecer a uno de esos privilegiados organismos, siempre ubicados lejos del frente.

—Son los disparos de la artillería rusa, capitán.

Hans frunció el ceño.

—Eso quiere decir que están muy cerca.

—Así es, señor…

La atención de ambos se vio requerida entonces por un rugido procedente del cielo. Todos los ojos miraron hacia el espacio donde se entrecruzaban los reflectores, donde estallaban los obuses de la DCA, donde acababan las trayectorias multicolores de las balas trazadoras.

—Es la aviación americana —dijo el sargento, sin volverse.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque son los que vuelan más alto; los ingleses bombardean desde más bajo. Los rusos también.

Un rugiente abanico de llamas surgió en aquel momento de la tierra. Después llegaron hasta el tren las explosiones. Los vagones vibraron como recorridos por un largo estremecimiento.

La locomotora silbó diez minutos más tarde; resoplaron sus válvulas de escape, chirriaron sus ruedas motrices, y el convoy, con una brusca sacudida, reanudó la marcha.

Hans volvió a su asiento.

Sobre su impecable uniforme de las S. S., las condecoraciones ponían una nota de color. Pendiente de su cuello, por un lazo de seda, brillaba la Cruz de Hierro con palmas de plata.

Hans von Krummer, capitán del Estado Mayor de las SS, con misión especial para Berlín, en aquel 28 de Abril de 1945.

Ésta era la nueva identidad del mensajero.

El tren no iba aprisa. Los alrededores de Berlín, hacia el oeste, habían sido duramente castigados; cientos de metros de vías debieron ser arregladas cada noche. Ahora, el tren, un corto convoy de sólo seis unidades, avanzaba, a paso de tortuga, entre la masa de obreros de todas las nacionalidades europeas, estrechamente vigilados por viejos soldados que fueron jóvenes en 1918.

El tren no llegó hasta la estación. Se detuvo en una amplia extensión cubierta de cruces y de agujas. Allí bajaron los viajeros.

Hans echó a andar, siguiendo a los otros. Salió de la estación y anduvo por calles de una ciudad fantasma, vacía, caótica, con montones de ruinas que se alzaban por doquier.

Lentog, que había consultado su máquina, le aconsejó que se dirigiera directamente al edificio de la Cancillería del Reich; allí, con toda seguridad, el detector, que su inventor había hecho más

sensible, mejorándolo, le guiaría hacia el tercero y último eslabón.

Quizá para escapar al torrente de dudas que le embargaba, el mensajero ansiaba terminar de una vez para siempre su misión. Prefería no pensar.

La actitud de los ancianos del Consejo, cuando le despidieron, fue fría, dura y hasta amenazadora.

—Procura no fracasar esta vez… —le había dicho Lentog, mirándole directamente a los ojos.

Era muy posible, pensaba ahora, que no hubiese medido la importancia de la generosa ayuda que los «Ancianos» deseaban prestar a la Humanidad. Habían hecho todo lo posible para salvarla de su propia maldad. La prueba estaba en haber destruido los planos de todas las armas nucleares, para impedir que en las colonias cósmicas se encendiese una espantosa y cruel guerra.

¿Por qué diablos seguía su mente cargada de pensamientos antagónicos y contradictorios?

No se lo explicaba.

Tampoco le parecía lógico que los «Ancianos» no diesen importancia al descubrimiento que había hecho en Francia, en aquel turbulento final del siglo XVIII.

Ni lo que el romano Almio había dicho.

A él seguían obsesionándole ambas cosas. Pero, sobre todo, la perfecta astronave que había visto en aquel viejo caserón de Saint Denis.

Se encogió mentalmente de hombros.

¡Allá ellos! Eran más sabios que él. Después de todo, Agnus fue el último en llegar al refugio en el que los «Ancianos» habían decidido quedarse.

Recordó que le habían llamado. Sí, fueron ellos quienes reclamaron su presencia. Y él abandonó la viejísima universidad de Oxford, completamente vacía, donde se había quedado, para morir en paz, cuando el último estudiante se unió a una de las expediciones que partían hacia los remotos rincones del espacio.

Tuvo que ocultarse dos veces, corriendo junto a la gente que caminaba a su lado, para evitar ser herido por los obuses rusos que caían, de vez en cuando, sobre el asfalto.

Berlín moría…

Las calles aparecían sembradas de cadáveres que nadie recogía.

La gente no se movía de los refugios o de los túneles y estaciones del Metro. Grupos de jóvenes, casi niños, llevando armas cortas o «Panzerfaust» (bazookas alemanes), avanzaban cantando hacia las trincheras del lado este de la ciudad.

Agnus estaba impresionado y sobrecogido por tanto horror.

Le parecía imposible que, en pleno siglo XX, la gente pudiera matarse de aquella manera.

—¡Humanidad enloquecida y cruel! —masculló entre dientes.

Sí, los ancianos tenían razón. El Hombre necesitaba ayuda; necesitaba un cambio brusco y beneficioso: una mutación que renovase positivamente su absurda manera de ser.

Tardó cerca de tres horas en llegar a las cercanías de la Cancillería.

El edificio estaba casi destruido, pero en el jardín se elevaba el «bunker» donde se albergaban los jefes del Tercer Reich, aquellos que habían determinado quedarse definitivamente en el Berlín que agonizaba.

Los documentos que le había proporcionado Lentog le abrieron paso por todas partes.

Finalmente, mientras bajaba por la estrecha escalera que conducía al «Bunker», sintió el conocido calor en el pecho y la vibración, solamente audible para él, del detector que llevaba colgado del pecho.

Un hombre de anchos hombros le recibió, en uno de los despachos del «bunker». Leyó los documentos que Lentog había inventado. Los leyó con tranquilidad, despacio.

Luego dijo:

—Este informe es muy valioso, capitán. Precisamente necesitábamos saber cómo andaban las cosas por el resto de Alemania. Creo que debo mostrarlo ahora mismo…

Una puerta, pesada como la de una caja de caudales, se abrió entonces.

Un hombre viejo, cargado de espaldas, con el brazo medio paralizado y ojos de mirada apagada, penetró en el despacho.

El detector le señaló como el tercero y último eslabón.

Aquel hombre era Adolf Hitler.

# CAPÍTULO X

—¿Qué hay, Bormann? —preguntó el dueño de los destinos de Alemania.

—El capitán von Krummer nos ha traído un precioso informe sobre la situación general del país…

—Está bien. Lo estudiaremos… luego. Ahora quiero hablar con usted para que precisemos la entrada en combate de dos divisiones más…

Martin Bormann hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Bien, *mein Führer*. Usted —añadió, volviéndose hacia Hans— puede descansar en el primer piso. Que le den de comer y lo que desee.

—¡Gracias!

Minutos más tarde Hans se encontró en uno de los pequeños salones del «bunker». Le sirvieron un copioso desayuno. Se había sentado a una mesa que se hallaba en un rincón del saloncito. Degustaba una taza de oloroso café, cuando un hombre alto, delgado, de amplia frente y mirada aguda, penetró en la sala y tomó asiento frente a él.

Un mayordomo le sirvió una humeante taza de té.

—Creo no haberle visto nunca —dijo el hombre cuando terminó el último sorbo y después de haber encendido un cigarrillo.

—Acabo de llegar. Soy Hans von Krummer.

—Yo soy el profesor Sweisser.

—¿Médico?

El otro sonrió.

—No, amigo mío. Nigromante, adivino, mago…

Hans frunció el ceño.

—Se extraña, ¿eh? Es natural. Sin embargo, llevo ocho años al

servicio del Führer. Eso quiere decir que mis predicciones no han sido del todo malas.

—¿Quiere eso decir que usted… lee el futuro?

—Lo intuyo. Ésa sería la palabra adecuada. La verdad es que predije todo lo que, desgraciadamente, ha ocurrido. No obstante, hay algo turbio, en mi última visión.

Fumó unos instantes en silencio.

—Hitler —dijo en voz baja— es un hombre extraordinario. Incluso su nacimiento no fue normal… aunque esto no lo sabe casi nadie.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Ha estado usted en el museo nacional de Viena?

—No.

—Aunque hubiera estado, no lo habría visto. Allí, amigo mío, hay una sala que nadie visita. Está herméticamente cerrada.

—¿Usted la ha visto?

—Sí. Fui con el Führer, ya que adiviné lo que se escondía allí. Mis poderes le convencieron y me llevó allí para que satisfaciese mi curiosidad.

—¿Qué había en la sala?

—Algo extraño. Un aparato metálico construido de una materia desconocida. Una máquina voladora cuyo mecanismo no pude adivinar, pero que, indudablemente, sirve o sirvió, para ser más preciso, para traer a alguien desde fuera de nuestro mundo.

—¿Una nave espacial?

—Así podríamos llamarla, aunque el nombre me suena algo raro. Tardé mucho tiempo en asociar ese aparato a nuestro Führer. Finalmente, sin que él me dijese nada, llegué a la conclusión de que había sido él el viajero de esa máquina… espacial, como usted ha dicho.

Agnus se estremeció.

¿Otra coincidencia?

No, no podía ser. Estaba convencido de que allí se ocultaba algo en lo que ni siquiera se atrevía a pensar.

—En cuanto a mi última visión —dijo Sweisser—, es lo más extraño que usted pueda imaginarse.

Hizo una corta pausa antes de agregar:

—Yo estaba seguro de mis predicciones anteriores. En ellas, y

que esto quede entre nosotros, aunque ya nada tiene importancia, en el punto en el que nos hallamos, vi la muerte de Hitler, inmediatamente después de su matrimonio con Eva Braun.

»Vi a los rusos penetrar en Berlín. Vi a Alemania ocupada por los aliados. Luego contemplé una serie de horcas de las que colgaban muchos alemanes importantes.

»Mucho más tarde pude observar que esta ciudad se veía dividida por un alto muro; un muro que rezumaba sangre…

Agnus se percató de que aquel hombre realmente poseía poderes excepcionales. Él sabía que Sweisser no era ningún charlatán, y que su mente, sencillamente, había desarrollado ciertos poderes que, en resumen, eran algo así como la Máquina del Tiempo inventada por Glen.

—Pero lo más raro de todo —prosiguió diciendo el profesor— fue la idea de que alguien intentaba salvar al Führer. ¡Es increíble! Tuve la seguridad de que un hombre, procedente del futuro, de un futuro remotísimo, vendría a nuestra época para torcer el curso de la historia.

Agnus tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para contener la emoción que experimentaba.

—¿Un hombre del futuro? —indagó, poniendo en su voz el máximo tono de incredulidad.

—Sí. Ya sé que es una locura. Pero yo lo «vi». Un hombre sin rostro, con el uniforme de las SS, como el que usted lleva, que deseaba y conseguía sacar de Berlín a Hitler y a su esposa. Un hombre que deseaba que el Führer dejase sobre la Tierra la semilla de una nueva raza…

—Es curioso.

—Escalofriante, querrá usted decir.

Se puso en pie.

—Voy a descansar un poco, amigo. Quiero reflexionar sobre todo esto. Naturalmente, le ruego que guarde gran discreción respecto a lo que acabo de contarle.

—No tema. No diré nada.

—Hasta la noche.

—Adiós.

* * *

Preveyendo las dificultades que iba a encontrar en su última misión, Lentog le había proporcionado algunos objetos valiosos que le permitirían sacar del infierno del Berlín que moría al eslabón y a su compañera.

Dos cinturones dotados de un campo «anti-g», capaces de desviar toda clase de proyectiles; pastillas y pomada de «biogermina» con las que podían curarse, en pocos segundos, las heridas más graves.

No podía fallar esta vez.

Vagó por el «bunker», charlando con algunos personajes. Todos ellos ofrecían el mismo aspecto de fatalismo.

«Son como fantasmas» —pensó Agnus—. «Muertos sin sepultura, presas de la Muerte que ya cuenta decididamente con ellos».

Aquella misma tarde y mientras descansaba sobre un lecho, en una de las camas provisionales que se habían instalado en los pasillos del primer piso, oyó una conversación que le hizo estremecerse.

Reconoció la voz de Bormann, el lugarteniente de Hitler; la otra voz le era desconocida.

—¿Es posible, doctor? —preguntó Bormann.

—Sí.

—¡Pero Goebels está completamente loco!

—Todos estamos un poco locos, amigo Martin.

—Su mujer y sus hijos podrían salvarse.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—No quiere. Ella tampoco lo desea…

—Pero ¿y los pequeños? No puede disponerse así como así de la vida de unos niños.

—No me hable de ellos, por favor. ¡Se me parte el corazón cuando pienso en esas pobres criaturas!

—¡Pero usted debió negarse a procurarle el veneno!

—¿Negarme? ¿Para qué? Lo hubieran tomado ellos mismos… La verdad es que todo el mundo ha venido ya a retirar su cápsula de cianuro… incluso ella.

—¿Ella?

—Sí, Eva…

Hubo un instante de silencio.

—Eso significa que él también desea morir.

—No lo sé. No me ha pedido su «dosis».

—¡Es increíble! Podríamos salir aún. Yo me encargaría de alejarles de Berlín. Nos ocultaríamos después, en una zona a la que llegasen los americanos y los ingleses. ¡Ellos no son como los rusos!

Sin poderlo evitar, Agnus, que no había perdido una sola sílaba de la conversación, recordó el proceso de Nüremberg.

Tenía que hablar con Hitler.

No sería difícil demostrarle cuál era su misión y el motivo de su presencia allí. Lo importante era cumplir su misión. Con los cinturones y lo demás, sacarles de la Cancillería y llevarles a un lugar seguro sería un juego de niños.

A menos que llegase demasiado tarde.

Se puso en pie, para alejarse por el pasillo, en dirección contraria al lugar en el que Bormann y el doctor seguían hablando.

Estaba decidido.

Se dirigió hacia la escalera que conducía a las habitaciones particulares del Führer. Cuando iba a bajar los primeros escalones, alguien le aferró por el brazo.

—Espere, capitán.

Se volvió.

Sweisser le miraba con una sonrisa en sus delgados labios. Pero la mirada de Agnus se clavó en la mano derecha del extraordinario profesor.

Sweisser le apuntaba con una Lüger.

—Venga conmigo, por favor; debemos hablar.

Frunciendo el ceño, el mensajero echó a andar, seguido por el profesor, hacia la habitación particular de éste. Sweisser cerró la puerta con llave, indicando luego un sillón a Hans.

—Tome asiento.

Él no se sentó, limitándose a apoyarse sobre el respaldo de otro sillón. La pistola seguía apuntando al pecho del falso capitán de las SS.

—En realidad —dijo Sweisser moviendo el arma—, no sé si podría matarle. Aunque pienso que no…

—¿Qué significa esto?

—No nos engañemos, capitán… usted es el mensajero del futuro.

—¿Yo?

—Si.

—¡Qué tontería!

—Que absurdo más espantoso, querrá usted decir. No, no se mueva. Sé que no puedo matarle, pero sé también que, si disparase, usted, probablemente, volvería a su época… y eso es precisamente lo que deseo evitar.

—¿Por qué?

—Por su bien, por el bien de todos los que no han nacido aún.

—No le entiendo.

—Voy a explicarme. Usted ha venido a cumplir una misión que considera importante, sagrada. ¿No es así?

—Puede ser.

—Como quiera. Le han enviado para salvar a quien usted sabe, para evitar que algo irremediable termine, para dar a la humanidad un curso nuevo, un camino renovado, una historia diferente.

—Sí.

—Me alegra que sea franco. Su deseo es loable. Yo mismo le ayudaría, a pesar de todo…

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque, siguiendo el camino contrario de usted, yo he viajado hacia el futuro. Usted lo ha hecho materialmente, yo sólo he podido proyectar mi espíritu hacia ese remoto porvenir.

—¿Y bien?

—Ha sido un esfuerzo horrible, tremendo, agotador… ¡pero lo he conseguido! Ahora sé de dónde viene, amigo, puesto que he logrado llegar hasta más allá del año tres mil…

—Le creo.

—Como ignoraba de dónde venía usted, he tenido que hacer un largo y penoso recorrido. Por fortuna, así ha sido…

—Sigo entendiéndole sólo a medias.

—Tenga paciencia. Usted constituyó, durante mi exploración mental, el único punto oscuro, la única incógnita, ya que muy pronto comprendí la verdadera misión de los otros.

—¿Qué quiere decir?

—Que usted, mensajero del futuro, no está intentando salvar a la humanidad; sino que, por el contrario, está usted a punto de hundirla para siempre.

# Capítulo XI

Boquiabierto, Agnus miró a su interlocutor.

—¿Ha perdido la razón, profesor?

—No. Escuche, amigo: buscando su punto de partida en el tiempo, tropecé, en los comienzos del siglo XXXI, con algo verdaderamente extraordinario.

»Un grupo de aparatos voladores, lo que usted llama naves espaciales, llegó a la Tierra. En su interior viajaban noventa y nueve seres procedentes de un mundo lejano se instalaron en el nuestro, albergándose en un gran edificio que ellos mismos mejoraron y aislaron por completo de lo poco de humanidad que quedaba ya en la Tierra.

—¿Quiénes eran esos noventa y nueve? —indagó Agnus, cuya mente fue atravesada por una súbita sospecha.

—Gente de un mundo que decaía ya. Habitantes de una galaxia a la que se acercaría peligrosamente una humanidad joven y siempre dispuesta a la aventura. ¿Lo entiende ya?

—No, aún no…

—Ellos habían intentado algo, mucho antes, en cuanto se enteraron de que había un planeta habitado en nuestra galaxia, el único en el que criaturas inteligentes tenían ante ellas un porvenir lleno de gloria.

—Y de dolor. No olvide dónde estamos ahora.

—El dolor es la escuela de la vida. Usted sabe, mejor que yo, qué a partir de finales del siglo XX, exactamente en el 1998, la Humanidad suprimió las guerras. La Gran Europa, conseguida en 1985, se amplió para formar la primera Federación Mundial.

—Es cierto.

—Sí, ya sé. Hubo aún algunos episodios sangrientos, pero el

Hombre no podía borrar, así como así, sus bajos instintos, su envidia, su ambición… De todos modos, se produjo un avance enorme. La incultura y la superstición fueron borradas definitivamente.

—¿Qué me dice de la matanza de sabios en 1987?

—Fue una reacción normal. Las gentes, que ya habían dejado de ser ignorantes, estaban hartas de que se gastase dinero en investigaciones bélicas. Antes, confiados y de poco espíritu, habían creído en palabras que disfrazaban una gran mentira. Se les habló de «fuerzas de disuasión» y de otras estupideces semejantes.

»Pero en 1987, todo eso sonaba a hueco, a vacío. Por eso mataron al grupo de físicos que se había reunido para estudiar la creación de nuevas armas.

—Es verdad.

—Claro que hubo motines, acciones sangrientas localizadas. Porque siempre habrá hombres ambiciosos que antepondrán su propio bienestar al bienestar colectivo.

»Por eso, como usted no ignora, fue algo esporádico y sin demasiada importancia. La gente ordenó que se destruyesen las fórmulas y las patentes de todas las terribles armas inventadas en la segunda mitad del siglo XX.

»Pero no fueron destruidas.

—Lo sé. Alguien, con espíritu malévolo y revanchista, las escondió.

—Y fueron los noventa y nueve los que, finalmente, las hallaron y destruyeron.

—¡Mentira!

—¿Eh?

—Ellos se apoderaron de ellas. Porque les convenía. Así, la humanidad viajera no podría defenderse del ataque de esas criaturas que temían la expansión de los humanos en el espacio conquistado.

—Me asombra usted.

—Lo sé. Por eso le decía antes que «ellos» debieron intentar cambiar a la Humanidad en algunas ocasiones… como ésta.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Hitler no procede de este planeta. Ya le hablé de la extraña máquina que él, una vez fue Canciller, hizo ocultar en el museo de

Viena.

—Es cierto.

—De haber cumplido su misión, no hubiera usted salvado a Alemania, ni siquiera al nacionalsocialismo, ni a nadie. Lo que se habría conseguido es que la raza de «ellos» se reprodujese, convirtiéndose en los dueños de nuestro mundo.

»¡Quién sabe qué intentos semejantes hicieron en el pasado!

Agnus se estremeció.

Luego, sin poderse contener, contó al profesor sus dos extraordinarios viajes en el tiempo.

Sweisser le escuchó con una atención reconcentrada.

—¡Dios mío! —exclamó después—. ¡Todo se aclara ahora de una manera espeluznante!

—Yo, todavía no lo comprendo del todo… —confesó Agnus.

—Voy a intentar explicárselo. Con lo que me ha relatado, el rompecabezas, aparentemente disparatado, se completa de manera maravillosa.

—Le escucho.

—Empecemos por su primera experiencia. Usted viajó hasta el siglo I, en el año 55, exactamente.

—Así fue.

—El primer eslabón que encuentra es un leproso… ¡un leproso en Roma!

—Es cierto.

—Está claro, amigo mío. Ellos, incapaces de encontrar una manera inteligente de anular a la Humanidad, pensaron en una enfermedad, en una peste, que terminara con el poder terreno más grande que existía entonces: Roma.

—Parece lógico.

—Lo es. Almio no era, después de todo, más que un portador de gérmenes que estaba sembrando en Roma la peste más temida de todos los tiempos…

—Pero ellos permitieron que lo curase.

—Porque se dieron cuenta de que habían fracasado. Almio, sano, les era más útil que quemado por los pretorianos al otro lado del Tíber.

—Es verdad.

—Con lo que ellos no contaban era con la fatalidad de que

Almio, al intentar dibujar sobre el suelo la forma de la astronave que le trajo a la Tierra, remedase, sin proponérselo, la silueta del pez, que era el símbolo secreto de los cristianos…

—… y que causó la muerte de Almio…

—… y el fracaso de su primera misión.

—¿Y la segunda?

—Allí, los métodos de «ellos» habían cambiado. Aprovechando la explosión revolucionaria de Francia, pusieron en el tablero una peligrosa pieza, un elemento destructivo que, de haber permanecido con vida, hubiera cambiado la faz del mundo.

—¿Robespierre?

—Sí. Generalmente, la Humanidad, que a veces puede considerarse perdida, termina salvándose, en el último instante… para caer de nuevo… y volver a levantarse.

»Es la ley de la historia, amigo mío.

—Entiendo.

—Con Robespierre, «ellos» jugaron una carta mucho más importante que con Almio, quien, después de todo, no fue más que un primer ensayo.

—También fracasaron.

—Pura casualidad… ¿o quién sabe si otra cosa?

—Aquella vez estuve muy cerca de conseguir el éxito.

—Es verdad. Trabajó usted mucho mejor que la primera vez. Estuvo a punto de torcer la marcha de la historia…

»Pero la ambición de los hombres torció definitivamente los propósitos del mensajero. Fue el sargento Magrignon el artífice de algo que nunca pudo sospechar.

»Pero cuando ha estado usted a punto de conseguirlo todo ha sido ahora.

»Por primera vez, el eslabón que usted buscaba va a unirse, libremente, con una mujer. Tenía usted, por lo tanto, los elementos precisos para llevar a cabo su misión.

—Así es.

—Mañana, Hitler y Eva Braun contraerán matrimonio. Usted podría salvarles, alejándoles de lo que el destino les reserva.

»Pero ahora ya sabe usted a quién ha servido, a quién sirve aún. Sin sospecharlo, estaba usted trabajando para los enemigos de la Humanidad… a la que usted creía defender.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Lo que quiera.

—¿Por qué no vino uno de ellos a llevar a cabo esta misión?

—Muy sencillamente: porque «ellos» no pueden viajar en el tiempo.

—¡Ah!

—Ya le dije que se trata de una raza débil, en vías de desaparición. Incluso sin armas atómicas, la humanidad establecida a lo ancho y largo del espacio acabará con ellos.

»Por eso, temerosos de esa inevitable derrota, la llamaron a usted, hombre crédulo y de buenos sentimientos, para volver al pasado y arreglar las cosas antes de que fuera demasiado tarde.

—De ahí que no dieran importancia a lo de las astronaves.

—¡Naturalmente! Estaban molestos porque usted descubrió que los eslabones no pertenecían a nuestra raza y que los tres habían llegado a la Tierra enviados por ellos.

—Ahora se explica todo.

—Afortunadamente.

—Pero queda algo…

—¿El qué?

—Su intervención en todo esto, profesor.

Sweisser sonrió.

—Es verdad —dijo.

—¿Qué papel es el suyo? ¿Por qué ha surgido en el preciso instante en que iba a conseguir triunfar de mi misión?

La sonrisa se amplió en sus labios.

Pero no era, ni mucho menos, un gesto divertido; su sonrisa estaba cargada de tristeza, y en sus ojos se apagó súbitamente el brillo que se había mantenido, como un fuego sagrado, a lo largo del diálogo.

—Yo tampoco soy humano —dijo.

—¿Eh?

—Es la verdad, amigo.

—Entonces… ¿usted es de «ellos»?

—Sí y no.

—¡No entiendo!

—Escuche, Hans… o como se llame. Yo, en cierto modo, soy de «ellos». Mi pueblo fue capturado y sometido por el de una galaxia

vecina.

»Durante milenios, hemos sido los esclavos de nuestros invasores. No esclavos como los que ustedes tuvieron en la Antigüedad. Nosotros, más inteligentes que nuestros conquistadores, trabajábamos en los laboratorios, en las fábricas… mientras que ellos dormía o soñaban.

»Si tuviésemos que hablar de tiempos, yo habría nacido, para ustedes los de la Tierra, en el año 3010… Soy, pues, en cierto modo, coetáneo suyo, Hans.

—¿Cómo llegó aquí?

—Me escapé. Habíamos ocultado, en el fondo de uno de los laboratorios, una Máquina del Tiempo. Huí en ella. Escapé para llegar a la Tierra, pero lo hice de modo de presentarme en el planeta en nuestra propia época.

—¿En el siglo XXXI?

—Sí. Entonces vi que ya era demasiado tarde para ayudarles a ustedes. Conocí, penetrando en la casa de los «Ancianos», los proyectos que «ellos» habían concebido.

»Entonces me dispuse a actuar. Quería evitar, por cualquier medio, que consiguieran sus arteros propósitos.

—¿Y vino usted a esta época?

Sweisser sonrió otra vez.

—No, Hans…

—Me llamo Agnus.

—Bien, Agnus. No. Ahora puedo decirle la verdad.

—¿Qué verdad?

—Yo fui Vesperio, el hombre que le condujo a usted a la casa de Áurea…

—¿Eh?

—Sí. Y yo fui también el sargento Magrignon.

—¿Es cierto?

—Sí. La primera vez lo urdí todo para perderle, ya que, como Vesperio, le denuncié a los pretorianos cuando vi que Almio dibujaba una especie de pez sobre la arena…

»La segunda vez, lo confieso ahora, estaba furioso contra usted. Por eso quise “matarle” personalmente…

—¿Y ahora?

—Hubiese disparado, sabiendo que le obligaba a regresar a su

época. Ya sabe usted que no puede hacerse dos veces el mismo viaje en el tiempo.

—Lo ignoraba.

—Pues es cierto. Pero, en vez de dispararle, quise, al darme cuenta de que no era usted más que un instrumento en las manos de los noventa y nueve, explicarle la verdad y rogarle que termine verdaderamente su misión.

—¿Terminar… qué?

—Su misión. La verdadera.

—¿Cuál es?

—Volver a su época y acabar con aquel grupo de ambiciosos. No pertenecen a su mundo…

—¿Qué ganaría matándolos?

—Ayudar a los suyos. Ellos poseen los planos de armas que permitirían que la Humanidad extraterrestre se defendiese y triunfase.

—¡No quiero entregar esas armas a los hombres! ¡Bastante daño han hecho!

—Me parece muy bien. Pero tendrá que quitárselas a ellos. Porque si regresa, con el fracaso de esta tercera y última intentona, ellos darán las armas a su pueblo.

—Podrían haberlo hecho y ganar así la partida, sin complicar tanto las cosas.

—No, no podían.

—¿Por qué?

—Porque ya le dije que no son inteligentes. Además, son cobardes y poltrones. Preferían, mil veces más, solucionar las cosas utilizándole como mensajero.

—¿Y usted?

—¿Yo… qué?

—¿Qué va a hacer?

—Quedarme.

—¿En esta época?

—¿Y por qué no? Viviré con los hombres, que tanto se parecen a los míos. Sabiendo que usted va a destruir ese poder infernal, estaré tranquilo… —Bajó la cabeza para decir—: Además, mi Máquina del Tiempo ha sido destruida. Una bomba americana la hizo pedazos hace menos de un mes.

—Entonces, ¿no puede regresar?

—En realidad, no quiero.

Se puso en pie y fue hacia un armario del que sacó una especie de arma corta, muy parecida a una metralleta.

—¿Qué es eso?

—Un «aniquilador» que me traje de mi planeta.

Funciona de manera muy sencilla. Y es muy eficaz. No tiene más que apuntar; un rayo láser brota del cañón y…

—¿Quiere que lo emplee con «ellos»?

—¿Usted qué piensa?

Agnus reflexionó unos instantes.

—Me quedaré solo en la Tierra.

—Ya está usted solo, desde que llegó junto a «ellos». Alguien debe sacrificarse.

—Es cierto.

—Mire a su alrededor, Agnus, Millones de hombres acaban de morir por algo que, en el fondo, no comprenden.

»Ninguno de ellos se da cuenta de que su muerte es parte del gigantesco plan de esta pobre humanidad que avanza lenta y penosamente hacia su cénit.

»Sin los horrores de esta Guerra Mundial, sin el descubrimiento de las armas nucleares, el mundo se habría enzarzado en otros conflictos mundiales, generalizados, dentro de pocos años.

»El miedo hará pensar a los hombres. Habrá guerras, pero ya nunca se extenderán porque la Humanidad no desea suicidarse.

»Toda la sangre derramada, todo el dolor acumulado, todas las lágrimas vertidas: he ahí el precio que hay que pagar para que la paz, la verdadera, que no conocerán ni los hijos ni los nietos de los hombres de hoy, se encienda gloriosamente, no sólo en la Tierra, sino en el universo entero.

»Usted y yo somos dos eslabones, dos eslabones positivos, de esa cadena que se está haciendo pedazos en estos mismos momentos, la cadena de la crueldad, de la ignorancia, de la perversidad, de la ambición.

»¿No cree usted que nuestro sacrificio es justo?

Agnus no dijo nada.

Tomó el arma, estrechó la mana de Sweisser y abandonó el «bunker». Un obús ruso cayó sobre él. Pero, como en veces

anteriores, perdió el conocimiento para regresar al futuro.

Ahora con una misión concreta.

# Epílogo Obligado

Conocí al doctor Hermann Sweisser en Berlín, en la prisión de Spandau, en junio de 1947.

Mi periódico me había conseguido un pase especial para entrevistar a los hombres que habían escapado a la muerte de Nüremberg, pero que fueron condenados a cadena perpetua.

Aquella semana eran los rusos los que estaban de guardia.

Fue una mala suerte para mí. El comandante soviético que me recibió, luego de una larga hora de espera, se negó rotundamente a dejarme entrar en el recinto de penitenciaría.

—¿Es que mi pase no está en orden? —inquirí.

—Perfectamente en orden.

—¿Entonces?

—Lo siento, señor Space. La verdad es que no comprendo qué interés pueden tener los lectores de su periódico por lo que puedan decir esos nazis.

—Permita que le diga que eso no es de su incumbencia.

—Ya lo sé; permita usted, a mi vez que le advierta que no conseguirá entrevistarlos.

—Vendré la semana próxima.

—El pase estará caducado. Y como debe llevar la firma de los cuatro comandantes aliados de Berlín, aconsejaré al soviético que no lo firme.

—Va usted a hacerme fracasar.

El ruso se echó a reír.

—No del todo. Pensándolo bien y porque me es usted simpático, voy a permitirle que entreviste a un detenido.

—¿A quién?

—Al doctor Sweisser.

—¿Sweisser? ¡No le conozco!

—Es el más interesante de todos. Le llaman el «brujo de Hitler». Fue él quien aconsejó al Führer a lo largo de toda la guerra. En realidad, en vez de encerrarle, deberíamos haberle dado una medalla.

Acordándome de aquel refrán universal de que «más vale un pájaro en la mano que ciento volando», accedí.

—Por lo menos no perdería mi viaje a Berlín.

—De acuerdo.

* * *

Sweisser era un hombre delgado, consumido. Su frente era enorme y sus ojos brillaban con un fuego singular.

—¿Es usted el «brujo de Hitler»? —le pregunté en cuanto nos hubimos sentado uno frente a otro, con una mesa de pino entre los dos.

Se echó a reír.

—Eso dicen —repuso—. Pero no es cierto…

—Usted aconsejó al Führer.

—Es verdad.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Y le escuchó?

—Sí. Era parte de mi misión.

—¿De su misión?

—En efecto. Yo le aconsejé que se retirara de Moscú, cuando ya podía apoderarse de la ciudad; yo le dije que no enviase más gasolina a Rommel; yo le induje a dejar a von Paulus en Stalingrado. Y, finalmente, le hice creer que el desembarco aliado tendría lugar por Calais y le empujé a atacar en Las Ardenas, destrozando lo poco que quedaba de la Wehrmacht.

Me quedé boquiabierto.

—¡Bonita manera de servir a Hitler!

—No era ésa mi misión. Hitler no era un ser humano.

—Se dicen muchas cosas de él. Ya sabe usted lo de «del árbol caído…

—… todo el mundo hace leña». Lo sé. Pero usted no me ha

entendido. Hitler vino de fuera de la Tierra. Era un enviado de otra galaxia.

Le miré con miedo. Y maldije al comandante ruso que, riéndose de mí, me había permitido entrevistar a un demente.

Pero entonces, Sweisser empezó a hablar.

El hábito me hizo tomar notas de cuanto decía. Poco a poco, se me erizó el cabello. Jamás había escuchado una historia tan descabellada y fantástica.

Cuando terminó, me pregunté, inquieto, por qué no le habían puesto aún la camisa de fuerza.

Pareció leer mis pensamientos.

—Ya veo que usted también me cree loco…

—Yo no he dicho nada.

—Pero lo ha pensado. ¡Lástima que no piense en otras cosas!

—¿En cuáles?

—Recorra la Historia. De vez en cuando surge un ser como por ensalmo, convirtiéndose en un dirigente de hombres. Casi siempre proviene de las capas más inferiores de la sociedad, allí donde no pueden investigarse los detalles de un sospechoso árbol genealógico.

»Esos hombres conmueven a la Humanidad hasta sus más profundos cimientos. Y casi siempre están a punto de destruirla. Por fortuna, algo salva a los humanos en última instancia.

»¿De dónde vienen esos hombres? ¿Cómo consiguen llegar hasta los más altos puestos y conmover al mundo de esa brutal manera?

»Nerón, Robespierre, Napoleón, Hitler…

»Usted me dirá que son simples humanos; afirmará que una serie de casualidades les han hecho convertirse en lo que fueron… Ésa sería, amigo mío, la lógica explicación que daría un niño de cuatro años…

»Algo amenaza a la Humanidad. Algo que viene de fuera y que intenta, sin cansancio, destruir todo lo conseguido. Porque hay “alguien” fuera, en la lejanía del espacio, que tiene miedo del Hombre.

»Porque sabe que el Hombre llegará hasta el Universo y llevará allí la fuerza de su entusiasmo y de su ansia de conocer.

»Por eso, señor periodista, surgen misteriosamente, de vez en cuando, hombres negativos —que no son hombres—, criaturas que

llegan al planeta con una misión concreta: destruir.

No pude más.

Me puse en pie y le estreché la mano, no sin temor.

Cuando el comandante ruso me despidió, momentos después, una risita burlona flotaba en sus labios.

Guardé el manuscrito durante mucho tiempo. Hasta que, alejándome del periodismo, cosa que ocurrió en 1957, empecé a escribir mis primeros relatos de ciencia-ficción. Hoy he encontrado lo que Sweisser me contó. Leí en la prensa que había muerto en un frenocomio alemán.

Por eso lo he publicado.

Sin ocultar nada; tal y como él lo contó. He querido ser veraz de su relato hasta en los más pequeños detalles.

«*ni quito ni pongo rey…*».

FIN

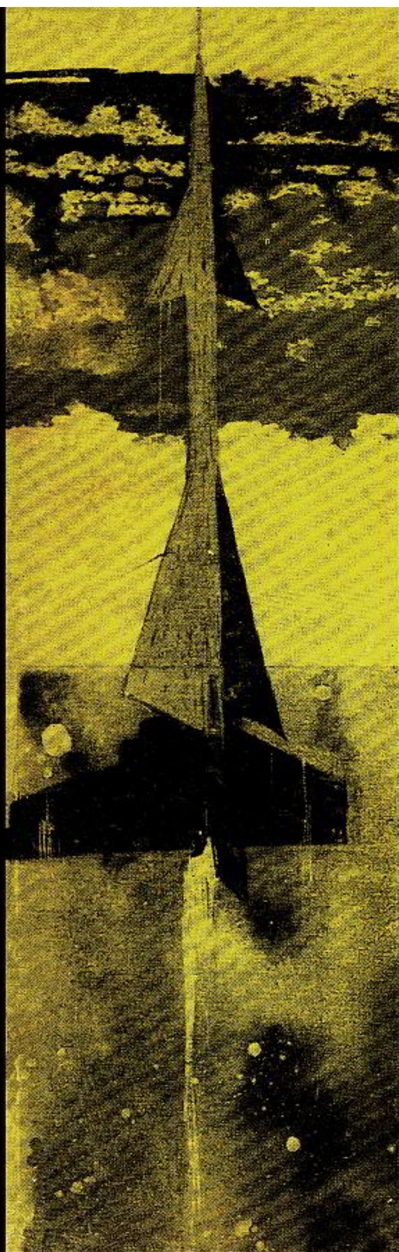
**Próximo número:**

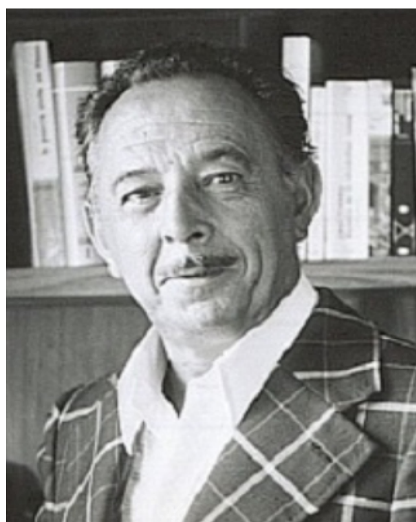
*Una lucha*
*colosal*
*y despiadada.*
*En silencio*
*dos seres*
*casi perfectos*
*se enfrentaban.*

# CEREBROS EN LUCHA

ROY ROWAN

**Precio: 8 ptas.**





ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

# Notas

[1] Robespierre, después de atacar a la Iglesia, fundó en efecto una nueva religión, dando a Francia la idea de un Ser supremo cuya adoración filosófica quiso imponer desde un principio. (N. del A.). <<

[2] Guillotina (N. del A.). < <

[3] Contracción de la palabra «aristócrata». (N. del A.). <<